



HERALDOS DEL EVANGELIO

Número 223
Febrero 2022

*En el mundo,
mas no del mundo*



Felicísimo y casto abrazo

El 20 de agosto de 1815, en la sagrada Comunión, se dignó mi Señor establecer su trono en mi pobre corazón. ¡Oh, qué gracia! Me es imposible manifestar el amor, el afecto, la especial caridad que me comunicó el amado Señor, quien con sumo júbilo vino a mí, acompañado por los más nobles de su corte celestial; cual príncipe amoroso vino a mí; y, rebosante de amor, así me habló: «¡Qué alegría es para mí reinar en ti! Hija, el que me quiera, venga a ti, que me encontrará afable, benigno, misericordioso».

Con tan amorosas palabras, mi alma quedó inmersa en la plenitud de las infinitas misericordias de Dios. Mientras el alma gozaba de la más íntima unión que se pueda imaginar y recibía los castísimos abrazos de su celestial Esposo, exultaba entre sus castos abrazos con la felicísima inmersión en sus infinitas misericordias. Nuevamente me hizo escuchar su dulcísima voz. Sin embargo, no es su voz, sino su manera de hablarme, que es toda nueva; pero mi alma comprende sus dulces afectos y los suaves rasgos de su caridad. Así, suavemente, me dijo: «He establecido mi trono en ti. Me complace habitar en tu alma; hija, objeto de mis complacencias. Recibe la plenitud de mis misericordias».



Retrato de la Beata Isabel Canori Mora con 22 años

Reproducción

Con estas palabras mi alma quedó sumergida en un incompresible torrente de agua viva, que brotaba del seno de un vastísimo monte. Este magnífico favor no sólo mantuvo mi espíritu absorto en Dios muchas horas, sino que durante muchos días disfruté de un particular recuerdo y de singulares inspiraciones.

Beata Isabel Canori Mora

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores	4		¿Un barco sin capitán?	34
El muro arenoso y la bandera en blanco (Editorial)	5			
 La voz de los Papas – El pecado del siglo	6		Una señora de épocas mejores	36
 Comentario al Evangelio – Bienaventurados seremos, ¡si deseamos las cosas del Cielo!	8		Heraldos en el mundo	40
 La paz de Cristo y la paz del mundo	14		Sucedió en la Iglesia y en el mundo	44
 La santa que no entrará en el Cielo	20		Historia para niños... – ¿Dónde voy a vivir?	46
 Lector, dejo a su elección el título de este artículo	22		Los santos de cada día	48
 Opinión pública y hombres-clave	26		Mientras el rey duerme...	50
 Beata Humbelina de Jully – Amar es servir... ¡siempre sonriendo!	30			



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es



ESCRIBEN LOS LECTORES



CONTAGIOSO AMOR A MARÍA SANTÍSIMA

Solamente una persona con gran amor y devoción a la Virgen sería capaz de narrar los hechos descritos en la contracubierta de la edición de enero como si estuviera allí, contemplando la escena del intercambio de cariño y afecto entre Ella y Jesús...

Esa persona es, sin duda, Mons. João Scognamiglio Clá Dias. Espero poder abrazarle algún día muy fuerte y decirle lo mucho que estoy agradecido por el amor que le tiene a María Santísima. ¡Es contagioso!

Benício Adelió
[Vía revistacatolica.com.br](http://Via.revistacatolica.com.br)

CONFIANZA: ¡SOLUCIÓN PARA TODO!

¡Enhorabuena por una edición más de esta revista! Aproximadamente durante un año he estado deleitándome con la lectura de las materias que contiene, pero el artículo *Un llamamiento a la confianza*, publicado en diciembre, me ha dejado sin palabras.

Vivimos en un mundo lleno de incertidumbres, desde los problemas más mezquinos —a menudo— ocurridos en el día a día, en el trabajo y en la sociedad, hasta otros más serios, causados por el miedo al ver las noticias de desastres de la naturaleza.

Saber que la solución para todos ellos es la confianza en Dios y su Madre me dejó muy contento e incluso aliviado. Gracias por todo, Heraldos.

Renato Souza Dias
Porto Velho – Brasil

DOS DÉCADAS AL SERVICIO DE LA VERDAD

Es impresionante constatar cómo en toda la Historia de la Iglesia el Espíritu Santo suscita hombres y mujeres que, en un primer momento, pueden

hasta pasar desapercibidos en medio a un mundo tan caótico y con tanta información. Pero quien mira detenidamente y con el corazón lleno de buena voluntad ve que no son hombres y mujeres corrientes.

Es lo que sucede al considerar a los Heraldos del Evangelio, el apostolado que hacen en el mundo y su acción directa en la sociedad, como aparece en el artículo *Dos décadas al servicio de la verdad*, publicado en enero. Es una gracia enorme poder leer este material y recibir, todos los meses, el relato de una pequeña parte de lo que han hecho en el mundo entero.

Muchas gracias a todos los que han entregado sus vidas a esta «caballería» de la Virgen. Gracias por esos veinte años al servicio de la Santa Iglesia, de Nuestro Señor Jesucristo y de María Santísima. Sólo en el Cielo sabrán ustedes el bien que nos hacen a nosotros, hombres y mujeres corrientes, esparcidos por el mundo.

Kevin Edmundo
[Vía revistacatolica.com.br](http://Via.revistacatolica.com.br)

CRISTO: LA LUZ DEL VERDADERO ÉXITO

Excelente el artículo *Misiones fracasadas... ¿o promisorias?* Muy inspirador. Nos hace percibir que el sentido humano del fracaso en algún momento debe contaminar la mente y la vida de los verdaderos cristianos. Realmente, la mirada de Dios es completamente diferente de la mirada humana.

Nuestra condición de pecadores nos mueve constantemente al desánimo cuando pensamos que hemos fracasado en nuestra vocación. Que Dios nos muestre cada vez más la luz del verdadero éxito, que es el propio Cristo. Que podamos entender de una vez por todas ¡que ya hemos vencido! Que nuestros ojos ¡consigan trascender la limitada visión temporal y se dirijan al Cielo en busca de lo eterno! Finalmente, ¡que podamos triunfar de manera definitiva en este tiempo en que tantos ofenden a Dios!

¡Enhorabuena, Hna. Adriana García! ¡¡¡Bellísimo artículo!!! Aguando ansioso más textos de su autoría.

Mallysson Nóbrega
[Vía revistacatolica.com.br](http://Via.revistacatolica.com.br)

«LA VENGANZA DE LOS MEDIOCRES»

Extraordinario el artículo *La venganza de los mediocres*, comentando el Evangelio en la edición de enero. ¡Cómo la Historia se repite!

Nada más maléfico que la unión de la mediocridad con el orgullo... «Ante tal declaración veremos florecer sentimientos de comparación, de antipatía, de frialdad. Así es la mediocridad, herida por la fuerza de la grandeza, cuya venganza se hará notar de un modo terrible».

Un claro signo más, en contraposición, de que el resurgimiento de la Iglesia vendrá a través de ese «lirio albísimo e incontaminado», nacido de María Santísima y capaz de vencer con su fulgor las tinieblas de la noche.

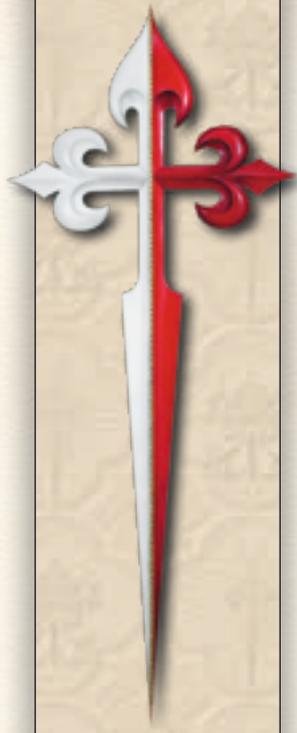
Uvette Castillo
[Vía revistacatolica.com.br](http://Via.revistacatolica.com.br)

PERIODISMO SERIO, RESPETUOSO Y SIN ÁNIMO DE DENIGRAR

Impresionante la capacidad demostrada por el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira de identificar las maravillas de la Iglesia Católica en todos y cada uno de los ámbitos de la vida, incluso hasta en un periódico inicialmente pequeño y sin influencia, que se convirtió en la voz de la Iglesia Católica en aquellos tiempos antiguos de São Paulo, como está descrito en el artículo *Modelo de prensa católica en combate por la Iglesia*, publicado en la revista de enero.

Periodismo serio, respetuoso, con fuentes y sin ánimo de denigrar, cuyo objetivo sólo es exponer hechos verídicos y la doctrina católica. ¡Cuánta falta hace hoy en día una prensa en este formato!

Marcelo Arruda
[Vía revistacatolica.com.br](http://Via.revistacatolica.com.br)



EL MURO ARENOSO Y LA BANDERA EN BLANCO

Hay una peculiar parábola, ciertamente conocida por algunos de nuestros lectores, que dilucida el momento presente para los católicos que desean verdaderamente abrazar el camino del bien.

Cierta vez, un joven paseaba encima de un muro. En el lado derecho se encontraban Dios y sus hijos; en el izquierdo, Satanás y sus secuaces. El muchacho, educado en un hogar católico, vacilaba entre seguir el partido del Señor o el del demonio y sus atracciones, es decir, el mundo y la carne.

Más tarde, aún indeciso, percibe una diferencia esencial entre los dos grupos. Mientras los amigos del Altísimo no dejaban de gritarle con insistencia: «¡Baja! ¡Ven aquí!», los adeptos del diablo permanecían callados. Entonces el joven le pregunta a Satanás: «¿Por qué los seguidores de Dios me llaman tanto, mientras tu banda no dice nada?». Para su sorpresa, el ángel maldito le contesta: «Porque el muro es mío». De hecho, no hay término medio: el muro ya tiene dueño...

Esta historia ilustra la eterna irreconciliabilidad entre la luz y las tinieblas (cf. 2 Cor 6, 14), entre los hijos de Dios y los siervos de Satanás, en fin, entre el linaje de la Virgen y la raza de la serpiente (cf. Gén 3, 15).

Tal inconformidad fue señalada por Jesús mediante metáforas sacadas del reino animal. Los hijos de la luz son como ovejas que siguen la voz del Buen Pastor (cf. Jn 10, 27). Éste las envía entre lobos (cf. Mt 10, 16), o sea, al otro lado del «muro», pero con la recomendación de que nunca se amolden: «Que vuestro hablar sea sí, sí, no, no. Lo que pasa de ahí viene del Maligno» (Mt 5, 37).

Ya en los comienzos del cristianismo, los discípulos de Jesús eran reconocidos por sus buenas acciones, en oposición a las costumbres depravadas de los paganos que los cercaban. Así da testimonio de ellos la *Carta a Diogneto*: «Viven en la carne, mas no según la carne. Habitan en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, pero con su modo de vivir superan estas leyes. [...] En una palabra: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; y los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, mas no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, mas no son del mundo».

Regresemos al ejemplo inicial. Como en la metáfora ignaciana de los *Ejercicios Espirituales*, en un lado se encuentran los seguidores de la bandera de Cristo; en el otro, los de Lucifer. El joven, desde lo alto del muro, piensa que está inmune a las embestidas de ambos. No obstante, en las fronteras arenosas es donde tienen lugar las guerras más sangrientas. Por eso, quien no ha seguido a ningún bando en esta vida será destinado a perseguir, por toda la eternidad, una bandera en blanco: la de quienes, negando los altos ideales de la fe, abrazaron el consenso del mundo. En ellos no estará el amor del Padre (cf. 1 Jn 2, 15). ✧



Arriba, ciudad de Taipéi (Taiwán);
abajo, vista de la Casa de Formación Thabor, Caieiras (Brasil)

Fotos: CEphoto, Uwe Aranas
(CC by-sa 3.0) / Thiago Tamura Nogueira



El pecado del siglo

El hombre contemporáneo vive bajo la amenaza de un eclipse de la conciencia, el cual lleva al oscurecimiento del sentido de Dios y a la pérdida del sentido del pecado. Esta crisis se resolverá únicamente mediante una clara llamada a los principios que la moral de la Iglesia siempre ha sostenido.

A través del Evangelio leído en la comunión eclesial, la conciencia cristiana ha adquirido, a lo largo de las generaciones, una fina sensibilidad y una aguda percepción de los fermentos de muerte, que están contenidos en el pecado. Sensibilidad y capacidad de percepción también para individuar estos fermentos en las múltiples formas asumidas por el pecado, en los tantos aspectos bajo los cuales se presenta. Es lo que se llama el sentido del pecado.

Este sentido tiene su raíz en la conciencia moral del hombre y es como su termómetro. Está unido al sentido de Dios, ya que deriva de la relación consciente que el hombre tiene con Dios como su Creador, Señor y Padre. Por consiguiente, así como no se puede eliminar completamente el sentido de Dios ni apagar la conciencia, tampoco se borra jamás completamente el sentido del pecado.

«Anestesia» de la conciencia

Sin embargo, sucede frecuentemente en la Historia, durante períodos de tiempo más o menos largos y bajo la influencia de múltiples factores, que se oscurece gravemente la conciencia moral en muchos hombres. «¿Tenemos una idea justa de la conciencia?» —preguntaba yo hace dos años en un coloquio con los fieles—. «¿No vive el hombre contemporáneo bajo la ame-

naza de un eclipse de la conciencia, de una deformación de la conciencia, de un entorpecimiento o de una “anestesia” de la conciencia?». Muchas señales indican que en nuestro tiempo existe este eclipse. [...]

Por lo tanto, es inevitable que en esta situación quede oscurecido también el sentido del pecado, que está íntimamente unido a la conciencia moral, a la búsqueda de la verdad, a la voluntad de hacer un uso responsable de la libertad. Junto a la conciencia queda también oscurecido el sentido de Dios, y entonces, perdido este decisivo punto de referencia interior, se pierde el sentido del pecado. He aquí por qué mi predecesor Pío XII, con una frase que ha llegado a ser casi proverbial, pudo declarar en una ocasión que «el pecado del siglo es la pérdida del sentido del pecado».

¿Por qué este fenómeno en nuestra época? Una mirada a determinados elementos de la cultura actual puede ayudarnos a entender la progresiva atenuación del sentido del pecado, debido precisamente a la crisis de la conciencia y del sentido de Dios antes indicada.

Un humanismo sin Dios

El «secularismo», que por su misma naturaleza y definición es un movimiento de ideas y costumbres, defensor de un humanismo que hace to-

tal abstracción de Dios y que se concentra totalmente en el culto del hacer y del producir, a la vez que embriagado por el consumo y el placer, sin preocuparse por el peligro de «perder la propia alma», no puede menos de minar el sentido del pecado.

Este último se reducirá a lo sumo a aquello que ofende al hombre. Pero precisamente aquí se impone la amarga experiencia a la que hacía yo referencia en mi primera encíclica, o sea, que el hombre puede construir un mundo sin Dios, pero este mundo acabará por volverse contra el hombre.

En realidad, Dios es la raíz y el fin supremo del hombre y éste lleva en sí un germen divino. Por ello, es la realidad de Dios la que descubre e ilumina el misterio del hombre. Es vano, por lo tanto, esperar que tenga consistencia un sentido del pecado respecto al hombre y a los valores humanos, si falta el sentido de la ofensa cometida contra Dios, o sea, el verdadero sentido del pecado. [...]

El vuelco y la caída de los valores morales

Disminuye fácilmente el sentido del pecado también a causa de una ética que deriva de un determinado relativismo historicista. Puede ser la ética que relativiza la norma moral, negando su valor absoluto e incondicional, y negando, consiguientemente,

que puedan existir actos intrínsecamente ilícitos, independientemente de las circunstancias en que son realizados por el sujeto. Se trata de un verdadero «vuelco o de una caída de valores morales» y «el problema no es sólo de ignorancia de la ética cristiana», sino «más bien del sentido de los fundamentos y los criterios de la actitud moral». El efecto de este vuelco ético es también el de amortiguar la noción de pecado hasta tal punto que se termina casi afirmando que el pecado existe, pero no se sabe quién lo comete.

Se diluye, finalmente, el sentido del pecado cuando éste —como puede suceder en la enseñanza a los jóvenes, en las comunicaciones de masa y en la misma vida familiar— se identifica erróneamente con el sentimiento morboso de la culpa o con la simple transgresión de normas y preceptos legales.

La pérdida del sentido del pecado es, por lo tanto, una forma o fruto de la negación de Dios: no sólo de la atea, sino además de la secularista. Si el pecado es la interrupción de la relación filial con Dios para vivir la propia existencia fuera de la obediencia a Él, entonces pecar no es solamente negar a Dios; pecar es también vivir como si Él no existiera, es borrarlo de la propia existencia diaria. Un modelo de sociedad mutilado o desequilibrado en uno u otro sentido, como es sostenido a menudo por los medios de comunicación, favorece no poco la pérdida progresiva del sentido del pecado.

En tal situación el ofuscamiento o debilitamiento del sentido del pecado deriva: ya sea del rechazo de toda referencia a lo trascendente en nombre de la aspiración a la autonomía personal; ya sea del someterse a modelos éticos impuestos por el consenso y la costumbre general, aunque estén condenados por la conciencia individual; ya sea de las dramáticas condiciones socio-económicas que oprimen a gran parte de la humanidad, creando la tendencia a ver errores y culpas sólo en el ámbito de lo social; ya sea, finalmente y sobre todo, del oscurecimiento de la idea de la paternidad de Dios y de su dominio sobre la vida del hombre.

La pérdida del sentido del pecado en la Iglesia

Incluso en el terreno del pensamiento y de la vida eclesial, algunas tendencias favorecen inevitablemen-

El ofuscamiento del sentido del pecado deriva del rechazo a lo trascendente y del sometimiento a modelos impuestos por el consenso

te la decadencia del sentido del pecado. Algunos, por ejemplo, tienden a sustituir actitudes exageradas del pasado con otras exageraciones; pasan de ver pecado en todo, a no verlo en ninguna parte; de acentuar demasiado el temor de las penas eternas, a predicar un amor de Dios que excluiría toda pena merecida por el pecado; de la severidad en el esfuerzo por corregir las conciencias erróneas, a un supuesto respeto de la conciencia, que suprime el deber de decir la verdad.

¿Y por qué no añadir que la confusión, creada en la conciencia de numerosos fieles por la divergencia de opiniones y enseñanzas en la teología, en la predicación, en la catequesis, en la dirección espiritual, sobre cuestiones graves y delicadas de la moral cristiana, termina por hacer disminuir, hasta casi borrarlo, el verdadero sentido del pecado? [...]

Restablecer el sentido justo del pecado es la primera manera de afrontar la grave crisis espiritual, que afecta al hombre de nuestro tiempo. Pero el sentido del pecado se restablece únicamente con una clara llamada a los principios inderogables de razón y de fe que la doctrina moral de la Iglesia ha sostenido siempre. ✧

Fragmentos de:
SAN JUAN PABLO II.
Reconciliatio et pœnitentia,
2/12/1984.



Broadway, Nueva York

Matias Garabedjian (CC by-sa 2.0)



Andreas F. Borchert (CC by-sa 3.0)

El Sermón de la montaña - Iglesia de San Patricio, Coleraine (Irlanda)

✠ EVANGELIO ✠

En aquel tiempo, ¹⁷ bajó Jesús del monte con los Doce y se paró en una llanura con un grupo grande de discípulos y una gran muchedumbre del pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón. ²⁰ Él, levantando los ojos hacia sus discípulos, les decía: «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios. ²¹ Bienaventurados los

que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. ²² Bienaventurados vosotros cuando os odien los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del hombre. ²³ Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían

vuestros padres con los profetas. ²⁴ Pero ¡ay de vosotros, los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo! ²⁵ ¡Ay de vosotros, los que estáis saciados, porque tendréis hambre! ¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y llorareis! ²⁶ ¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Eso es lo que vuestros padres hacían con los falsos profetas» (Lc 6, 17.20-26).

Bienaventurados seremos, isi deseamos las cosas del Cielo!

Al enunciar las bienaventuranzas, el divino Maestro abre una perspectiva religiosa inédita para la humanidad, en la cual la adhesión a Dios ocurre no ya por el impacto de los grandes milagros, sino por una verdadera conversión del corazón.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – UNA HISTORIA IMPREGNADA DE INTERVENCIONES MILAGROSAS

Para que entendamos mejor las palabras de Nuestro Señor Jesucristo recogidas en el Evangelio de este sexto domingo del Tiempo Ordinario, hemos de situar en el tiempo el episodio descrito por San Lucas, haciendo referencia a la historia del pueblo elegido.

Favorecido por Dios con abundantes fenómenos místicos y milagros, los israelitas habían conocido acontecimientos grandiosos en el transcurso de los siglos. Basta con remontarnos al período de la esclavitud en Egipto, por ejemplo, y considerar la interesantísima trayectoria de Moisés, salvado de las aguas gracias a cierta sagacidad y mucha protección divina. En el cumplimiento de la misión de sacar a sus compatriotas del cautiverio y llevarlos a la tierra de Canaán, fue asistido de manera especial por la Providencia, obrando una serie de maravillas: los portentos realizados en las discusiones con el faraón, las diez plagas que asolaron el país egipcio, la travesía del mar Rojo a pie enjuto y el ahogamiento del ejército perseguidor, la conducción de los hijos de Israel por el desierto a lo largo de cuarenta años, sustentados con el maná, etc.

Pasando por alto otros muchos hechos memorables, podríamos aún mencionar las extraordina-

rias hazañas de Josué, a cuya voz el sol se detuvo en medio del firmamento «y tardó un día entero en ponerse» (Jos 10, 13); las proezas de Elías, que «cerró los cielos y también hizo caer fuego tres veces» (Eclo 48, 3); o las glorias de Eliseo, el cual «durante su vida realizó prodigios, y después de muerto fueron admirables sus obras» (Eclo 48, 15).

La Providencia quería la conversión de los corazones

No obstante, si avanzamos hasta «la plenitud del tiempo» (Gál 4, 4), encontraremos a un profeta *sui generis*, enviado para allanar los caminos del Señor. Su nutrición, compuesta de saltamontes y miel silvestre, sin duda despertaba extrañeza; usaba una ropa de piel de camello, con un cinturón de cuero ajustado a los riñones, y predicaba a orillas del Jordán. Delgadísimo, pero lleno de vitalidad, dotado de una voz sonora, exhortaba a la penitencia y se decía indigno de desatar la correa de las sandalias de aquel que lo sucedería.

Aunque Juan el Bautista no presentara ninguna de las antiguas magnificencias a las que estaban acostumbrados los judíos, «acudía a él toda la región de Judea y toda la gente de Jerusalén» (Mc 1, 5), a fin de confesar sus pecados y recibir «un bautismo de conversión» (Lc 3, 3). Era un

Por singular predilección divina, los israelitas habían conocido hechos grandiosos como ningún otro pueblo

El Señor deseaba que el pueblo elegido conociera los principios sobre los cuales Él fundaría su Reino en la tierra y asimilara una perspectiva religiosa inédita

período de preparación, en el que la Providencia quería un arrepentimiento sincero de los corazones, sin necesidad de milagros estruendosos.

Bien diferente fue el modo de manifestarse el Señor a la opinión pública. Además de sentarse a la mesa en los banquetes y servirse a voluntad, vestía una túnica de excelente categoría, confeccionada por la mejor costurera de la historia, su santísima Madre. Cuando hacía cualquier gesto con los brazos, ciertamente la vestimenta formaría dobleces de elegancia sin par que denotaban la calidad superior del tejido, trabajado, punto por punto, por las manos sublimes de María.

En cuando a los milagros, Jesús los realizaba con tal prodigalidad que no había quien, tocándole con fe su manto o siendo acariciado por su sombra, no saliera beneficiado. Sanaba a enfermos, expulsaba demonios e incluso perdonaba pecados, llenando de consuelo y alegría a los que lo buscaban. La fabulosa pesca en el lago de Genesaret (cf. Lc 5, 1-11), la curación del paralítico que bajaron por el techo (cf. Lc 5, 17-25) o el restablecimiento del hombre de la mano atrofiada (cf. Lc 6, 6-10) fueron algunos de los impresionantes hechos que, ya al principio de su ministerio en Galilea, dejaron a las multitudes entusiasmadas y asombradas (cf. Lc 5, 26), y a los fariseos llenos de furor (cf. Lc 6, 11).

En esa coyuntura se insiere el sermón de las bienaventuranzas, contemplado en la liturgia de hoy. Después de ser testigos de tantos portentos, el pueblo necesitaba dar un paso más: conocer los principios sobre los cuales el Señor fundaría su Reino en la tierra y asimilar una perspectiva religiosa inédita.

II – LAS BIENAVENTURANZAS Y LAS MALDICIONES

Al registrar las actividades del divino Maestro en la evangelización del territorio galileo, al comienzo de su vida pública, San Lucas destaca que «solía retirarse a despoblado y se entregaba a la oración» (5, 16). Más adelante, relata una de esas ocasiones, cuando el Salvador pasó la noche entera rezando en lo alto de un monte y, al amanecer, llamó a sus discípulos y escogió de entre ellos a los doce Apóstoles (cf. Lc 6, 12-16).

Si bien San Mateo sitúa los hechos en orden inverso, muchos autores consideran cronológicamente cierta la secuencia propuesta por San Lucas, según el cual el sermón de las bienaventuran-

zas ocurrió al día siguiente de la elección del Colegio Apostólico, cuando Jesús bajaba del monte.

La muchedumbre lo esperaba a mitad de camino

En aquel tiempo, ¹⁷ bajó Jesús del monte con los Doce y se paró en una llanura con un grupo grande de discípulos y una gran muchedumbre del pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón. ^{20a} Él, levantando los ojos hacia sus discípulos, les decía:...

Procedentes de distintas regiones, aquellas personas seguramente se habían enterado de que Jesús había subido al monte la noche anterior. Deseosas de oírlo y ser curadas de sus enfermedades (cf. Lc 6, 18), decidieron esperarlo reunidas en un lugar estratégico, por el cual sabían que Él pasaría de regreso.

Sin duda, cuando lo vieron acercarse, aún a distancia, lo aclamaron y corrieron hacia Él, como sugiere el versículo 19, omitido en la liturgia de hoy: «Toda la gente trataba de tocarlo, porque salía de Él una fuerza que los curaba a todos» (Lc 6, 19).

Podemos imaginar el momento en el cual, en medio al contento general, Nuestro Señor se trasladó a un punto más elevado del terreno y se sentó (cf. Mt 5, 1) de cara a la multitud, mientras los Apóstoles se acomodaban detrás o a su alrededor, formando un semicírculo.

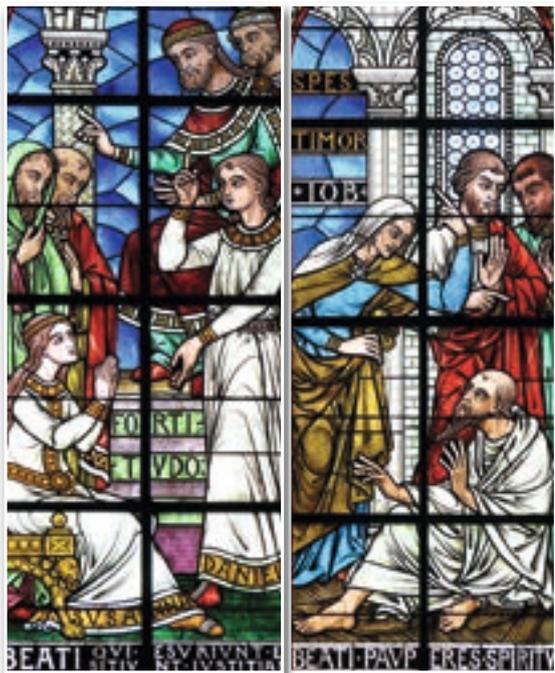
En ese poético escenario, llama la atención un pormenor de insuperable belleza anotado por el evangelista: la mirada que el Salvador dirige a sus elegidos, al comenzar la predicación.

El Cielo pertenece a los desapegados

^{20b} «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios».

No debemos interpretar esta afirmación del Señor en el sentido de pobreza material, como si el Cielo fuera franqueado tan sólo a los que en la tierra estuvieron sujetos a condiciones económicas miserables. Si fuera así, bastaría vivir en la indigencia para salvarse, y la práctica de la virtud no tendrían ningún valor para la eternidad.

Jesús se refiere a los pobres de espíritu, es decir, a los que están libres de apegos y ambiciones, compenetrados de su contingencia en relación con el Señor que los creó y redimió. De este modo, ya posean una casa, un automóvil, una bicicleta o in-



Representación de dos bienaventuranzas - Catedral de Saint-Front, Périgueux (Francia)

cluso cuando se esfuerzan trabajando para conseguir dinero, lo consideran todo propiedad de Dios, usando los bienes materiales con entera disposición de deshacerse de ellos si esa es la voluntad de la Providencia.

El hambre sobrenatural

^{21a} «Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados».

Sería demasiada estrechez de horizontes juzgar que en este versículo Jesús alaba a quienes padecen hambre corporal, sea involuntaria, por falta de alimentos o medios para obtenerlos, sea por deliberación propia, imponiéndose un ayuno penitencial. Por muy meritoria que pueda ser la abstención de comer con vistas a la mortificación, mucho más profunda es la realidad hacia la cual el Redentor apunta al declarar esta bienaventuranza.

Nuestro Señor alude al hambre de doctrina, de virtud, de convivencia eterna, experimentado por quien, al progresar en la vida sobrenatural, siente una necesidad cada vez más grande de conocerlo y unirse a Él. En suma, se trata del hambre de justicia, o sea, de santidad, que consigna el evangelista San Mateo (cf. Mt 5, 6). Al contrario del proceso físico de la alimentación, por el cual el apetito se satisface cuando comemos, nuestro organismo es-

piritual se vuelve más ávido de bienes celestiales a medida que los recibimos.

Solamente en el Cielo tal apetencia se calmará, en la visión de Dios cara a cara; con todo, ya en este mundo son bienaventurados los que se alimentan de la Eucaristía, Sagrado Banquete que une al alma al Creador y le da energía para luchar por Él.

Felices los que lloran las ofensas hechas a Dios

^{21b} «Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis».

Sensible a los sufrimientos humanos, Jesús se compadecerá de la viuda de Naím y, antes de obrar la resurrección de su hijo, le dirá: «¡No llores!» (Lc 7, 13). De manera similar actuará ante el llanto de María por la muerte de su hermano Lázaro, pues «se conmovió en su espíritu» (Jn 11, 33).

Sin embargo, al anunciar la bienaventuranza de los que lloran, el Señor no trata de consolar únicamente a los hombres por sus dolores, de alma o de cuerpo, causados por las contingencias de nuestra naturaleza. Es verdad que, si son bien aceptadas, tales adversidades se transformarán en alegría en la eternidad, e incluso en esta vida proporcionan paz de corazón; no obstante, las palabras del divino Maestro tienen un alcance más profundo.

Hace mención del llanto de los justos, no siempre manifestado con lágrimas exteriores, los cuales, afligidos con la situación de ofensa a Dios en que se encuentra la humanidad, claman día y noche por una intervención suya en el mundo.

Deseoso de animar a esos espíritus generosos, el Salvador les promete la risa como recompensa. En efecto, el que así se preocupa con la gloria divina disfruta de la inquebrantable alegría interior y gozará de especial gozo cuando Dios manifieste su justicia en la tierra, haciendo cesar el actual estado de desorden y pecado.

La persecución, premio de los buenos

²² «Bienaventurados vosotros cuando os odien los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del hombre. ²³ Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas».

El divino Maestro menciona los que están libres de apegos y ambiciones, así como los que tienen hambre de doctrina, de virtud y de santidad

*Al proclamar
las bienaven-
turanzas,
Jesús trataba
de elevar la
mirada huma-
na hacia la
recompen-
sa eterna*

Evidentemente, esta bienaventuranza no es aplicable a cualquier persona odiada por los hombres —como sucede, por ejemplo, con un bandido o asesino—, sino a aquellos que se convierten en blanco de execración «por causa del Hijo del hombre».

La Historia nos muestra cómo el odio de los malos incide sobre los justos con ímpetu de destrucción, por ser una representación del propio Dios. Al no poder soportarlos, forjan medios de eliminarlos, como les ocurrió a los profetas, que «pasaron por la prueba de las burlas y los azotes, de las cadenas y la cárcel; los apedrearon, los aserraron, murieron a espada» (Heb 11, 36-37).

Nuestro Señor quiso prevenir a los suyos del odio que se levantaría contra la Santa Iglesia, sociedad visible de la cual les cabría dar un testimonio corajoso, fuerte y lleno de gallardía. Quien sustenta el nombre y la gloria de la Esposa Mística de Cristo no debe sorprenderse de ser el blanco de desprecios, insultos o imprecaciones; al contrario, esa es la hora de la alegría, en que se realizan las palabras del Redentor y se revelan sus verdaderos discípulos.

Cuando esas circunstancias pasan, el justo se lamenta: «¡Qué pena que haya durado tan poco! Tengo nostalgia del tiempo en que yo era maldecido, perseguido, odiado». Y así reacciona no por la recompensa que recibirá en el Cielo, sino por el de-

seo de ser el blanco de los mismos odios que el Redentor, sin contemporizar para nada con los malos.

San Mateo registra ocho bienaventuras; San Lucas, tan sólo cuatro, pero, mostrándose muy positivo en esa materia, agrega cuatro impresionantes maldiciones.

El vicio más nocivo para la salvación eterna

²⁴ «Pero ¡ay de vosotros, los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo!».

¿Cómo se ha de entender esa reprobación del divino Maestro hacia los ricos, si la propia Iglesia presenta a muchos de ellos como ejemplo de santidad, elevándolos a la gloria de los altares? En el transcurso de la Historia, ¡cuántos reyes y nobles no han alcanzado un alto grado de perfección en medio a la opulencia, administrando sus bienes con entero desprendimiento!

La riqueza condenada por Jesús en este versículo es la del corazón, por la cual el hombre saca a Dios del centro de sus pensamientos y se pone a sí mismo, creyéndose un coloso. Dominado por el egoísmo, encuentra su «consuelo» en todo lo que satisface su amor propio, por más banal y pasajero que sea, y va perdiendo poco a poco el aprecio a las sublimidades del Cielo.

No hay nada más nocivo para la salvación como ese vicio, según alertará el Señor en otra ocasión:

«Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de los Cielos» (Mt 19, 24).

Destino eterno de los que abrazan el pecado

²⁵ «¡Ay de vosotros, los que estáis saciados, porque tendréis hambre! ¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis!».

Cuando el hombre intenta llenar con el pecado el anhelo de lo infinito que solamente Dios puede satisfacer por completo, siempre querrá más, hasta hacerse su esclavo (cf. Jn 8, 34). Esa es la «saciedad» exigida por las pasiones desordenadas, que llevan al alma a volcarse hacia las criaturas y darle la espalda al Creador.



Detalle del Juicio final, por Fra Angélico
Museo Isabella Stewart Gardner,
Boston (Estados Unidos)

El que muere en tales condiciones no es apto para entrar en el Cielo. Por eso, Jesús es incisivo en esas dos maldiciones, aludiendo claramente al infierno, donde «será el llanto y el rechinar de dientes» (Mt 13, 42).

De hecho, los condenados padecen la más terrible de las hambres, que jamás será saciada: la privación de Dios, llamada pena de daño. Quieren estar con Él, pero se sienten eternamente rechazados y, por esa razón, anhelan destruirlo o aniquilarse a sí mismos. Como no logran ni una cosa ni la otra, están siempre en una extrema desesperación.

²⁶ «¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Eso es lo que vuestros padres hacían con los falsos profetas».

En este versículo, el divino Maestro alerta contra el riesgo de acomodarse a los gustos del mundo, del cual no se puede ser buen amigo sin constituirse enemigo de Dios (cf. Sant 4, 4). Resalta, pues, una importante verdad: nuestra existencia en la tierra es hecha de lucha y de contradicción y si somos auténticos discípulos de Nuestro Señor Jesucristo, andaremos, como Él, el camino de la cruz.

Consideradas en su conjunto, las bienaventuranzas y las maldiciones nos colocan ante la perspectiva perfecta de contemplar con sabiduría la realidad y enfrentar las dificultades de la vida, hasta el momento en que comparezcamos delante del Señor para ser juzgados: por un lado, estarán los esplendores del Cielo, la bondad y el poder de Dios; del otro, el infierno, el sufrimiento y nuestra propia miseria.

III – VIVAMOS EN FUNCIÓN DEL CIELO

El profeta Jeremías, en la primera lectura de este domingo, nos ofrece una expresiva imagen de la infelicidad de los que ponen su esperanza en los bienes pasajeros y no en los eternos: «Maldito quien confía en el hombre, y busca el apoyo de las criaturas, apartando su corazón del Señor. Será como cardo en la estepa, que nunca recibe la lluvia; habitará en un árido desierto, tierra salobre e inhóspita» (17, 5-6).

He aquí la gran prueba de todos los bautizados: apearse a lo que es meramente

humano y terreno, olvidándose de su condición de hijos de Dios, o vivir en función de las realidades eternas, a ellas dedicando lo mejor de sus energías.

En el Sermón de la montaña, Jesús nos enseña que la Providencia nos consuela y nos hace bienaventurados ya en esta tierra cuando mantenemos nuestros ojos fijos en el Cielo, en medio de las batallas y los dolores, sabiendo que «los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará» (Rom 8, 18). Pero si, por el contrario, buscamos nuestra propia satisfacción en las locuras del demonio, del mundo y de la carne nos volveremos dignos de los «¡ay!» pronunciados por el Señor.

Cabe hacer aquí un examen de conciencia y preguntarnos: ¿seré yo un bienaventurado o un maldito? Lo cierto es que, si nos entregamos en las manos de Nuestra Señora y en Ella ponemos toda nuestra confianza, a través de Ella recibiremos gracias para abandonar cualquier vicio, por peor que sea. Y si nos acercamos con frecuencia a los sacramentos, principalmente los de la Eucaristía y la Confesión, sobre nosotros rondará la promesa de Jesús: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna» (Jn 6, 54).

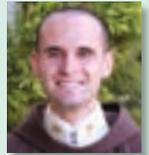
Pidamos que Ellos nos transformen, infundiendo en nuestro corazón el deseo de las cosas del Cielo. ✧

Si buscamos nuestra satisfacción en las locuras de este mundo, nos volveremos dignos de las maldiciones pronunciadas por el Señor



La paz de Cristo y la paz del mundo

Dios, nuestro Señor, dijo: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo». ¿Qué paz es la que Cristo nos concede y que el mundo no nos la puede ofrecer?



Ney Henrique Meireles

Preguntémosles a los hombres de nuestros días qué es lo que más anhelan para sí y para el mundo y la mayoría ciertamente responderá: ¡la paz! San Agustín afirmaba que «es un bien tan noble, que aun entre las cosas mortales y terrenas no hay nada más grato al oído, ni más dulce al deseo, ni superior en excelencia».¹

Sin embargo, principalmente en el último siglo, el deseo de paz aumentó tanto que ha adquirido expresiones diversas.

Un bien anhelado, pero no alcanzado

Las dos guerras mundiales dejaron profundas secuelas en la humani-

dad, debido a su violencia y su capacidad de destrucción. Como si no fuera suficiente, acabada en 1945 la más terrible de ellas, el comunismo soviético siguió amedrentando a muchos de los pueblos eslavos y orientales y el mundo fue testigo de nuevas acometidas bélicas, sobre todo, en Asia y en África.

Durante el período conocido como Guerra Fría, pese a la aparente ausencia de un enfrentamiento formal, Estados Unidos y la Unión Soviética se enzarzaron en una carrera armamentística que apuntaba, tarde o temprano, a un conflicto nuclear de drásticas dimensiones. Algo similar sucedió en los umbrales del tercer milenio, con la aparición del terrorismo a gran escala.

No asombra, por tanto, que el ideal de paz aflorara como objetivo a ser alcanzado entre los hombres, cansados de sangre, muerte y destrucción. ¿Qué respuesta podría dar el mundo a tales calamidades? Tratados, acuerdos entre Estados y reuniones con las grandes potencias fueron llevados a cabo, y continúan realizándose, con el compromiso de preservar la paz.

Tales esfuerzos trajeron, además de alentadoras promesas, un crucial interrogante: ¿Se lograría los resultados esperados? ¿O serían vanas tentativas de materializar una quimera? No mucho tiempo después del inicio de esos hechos, personas como el conceptuado teólogo dominico Victorino Rodríguez darían una respuesta negativa a



Ernest Brooks

Por una hábil manipulación, se hizo creer que la paz consistía en la pura ausencia de guerra y en la plena satisfacción de los placeres carnales

Soldados británicos en 1916, tras la batalla del Somme (Francia)

tales preguntas: «La ONU se constituyó para garantizar la paz entre las naciones. El año 1986 fue proclamado Año Internacional de la Paz. Pero no se logra la deseada paz; ni la paz mesiánica donde germinó el Evangelio, ni la paz octaviana donde se desarrolló el Derecho; ni cuando el poder disuasorio de la defensa nuclear bastaría para que los hombres dejaran de hacer o fomentar la guerra».²

Tamaño era la preocupación mundial que hasta nuevos significados le dieron a la paz, alejados del verdadero. En la década de 1960, por ejemplo, en el movimiento *hippie* resonaba su consigna más conocida: «Paz y amor». Hábilmente manipulado, dicho eslogan llevaba a pensar que su realización consistía en la pura ausencia de guerra y en la plena satisfacción de los placeres carnales.

Ante ese cuadro, cabe preguntarse: a fin de cuentas, ¿cómo se entiende la verdadera concordia? ¿Cómo conquistarla? Dios, nuestro Señor, dijo: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo» (Jn 14, 27). ¿Qué paz es la que Cristo nos concede y que el mundo no nos la puede ofrecer?

Paz, tranquilidad y orden

San Agustín define la paz como «la tranquilidad del orden».³ Estos dos elementos se combinan muy estrechamente. De hecho, ambos están de tal manera vinculados entre sí que son prácticamente inseparables; si se disocian, tienden a convertirse en una caricatura de ellos mismos.

El orden es la recta disposición de las cosas de acuerdo con su naturaleza y fin. Una imagen de este principio la encontramos en la rica y compleja organización del cuerpo humano. En él todos los sistemas poseen una finalidad, según los órganos que los componen; éstos, a su vez, dependen del buen funcionamiento de los tejidos y las células. Luego decimos que el cuerpo está ordenado porque sus partes cum-



San Agustín de Hipona - Iglesia de San Marcial, Angoulême (Francia)

¿Cómo entender la verdadera paz? San Agustín la define conjugando dos elementos: la tranquilidad y el orden

plen una función y una finalidad, que concurren al bien del conjunto.

El orden debe favorecer la tranquila libertad de las partes. Por ejemplo, en una nación en la cual sus ciudadanos son vigilados constantemente y donde el cumplimiento de la ley se produce bajo la sombra del mie-

do, existe un orden violento y, por eso mismo, inestable. No engendra paz, pues le falta la tranquilidad.

La verdadera tranquilidad puede ser definida como la quietud y sosiego del ente que se complace en la situación en la que está, no por indolencia, *comodismo* o enquistamiento, sino porque cumple en ella su finalidad. Es lo que ocurre con la inteligencia cuando conoce la verdad o con la voluntad cuando posee el bien; o incluso con un niño que está en brazos de su madre, pues «sabe» que el cuidado materno suple sus necesidades.

Para que haya genuina paz, la tranquilidad debe proceder del verdadero orden. No sorprende que San Agustín definiera la paz como la tranquilidad *del orden*. De lo contrario, se busca la tranquilidad en función de sí mismo y, a menudo, se encuentra la tranquilidad en el desorden.⁴ Se trata de una seguridad espuria, una tranquilidad engañosa, la falsa paz de la que hablan las Escrituras: la de los pecadores empedernidos que ya no sienten la picadura de los remordimientos (cf. Sal 72, 4-9) y proclaman: «¡Paz, paz!», cuando no hay paz» (Jer 6, 14). Ese es el ilusorio sosiego que reina, por ejemplo, en una familia en la que los padres ceden ante todos los caprichos de su hijo bajo el falaz pretexto de que así podrán «tener un poco de paz»⁵ o bien la pseudo-paz de un pantano, como ejemplifica elocuentemente el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, donde, en medio de la aparente quietud del agua estancada y podrida, regurgitan toda clase de organismos deletéreos.

La verdadera paz es fruto del Espíritu Santo

La paz auténtica —y, por tanto, cristiana— sólo se puede entender a la luz de la divina Revelación. La Santa Iglesia siempre ha recordado la existencia de los frutos del Espíritu Santo, mencionados por San Pablo en la Carta a los gálatas: «En cambio, el fruto del Espíritu es: caridad, alegría, paz,

paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, mansedumbre, dominio de sí» (Gál 5, 22-23).

Al favorecer al alma bautizada con las virtudes infusas y los dones sobrenaturales, Dios espera de ella obras dignas del Cielo, lo cual solamente es posible con el auxilio del Paráclito. A medida que el bautizado se deja modelar por Él, entonces «se dice que la operación del hombre es fruto del Espíritu Santo».⁶

En teología se emplea ese término por analogía con la naturaleza. Así como el fruto de un árbol es lo mejor y lo más placentero que éste produce, del mismo modo los frutos del Espíritu Santo son actos humanos que proceden del influjo divino y trae consigo cierto delite.⁷

Entre tales frutos, el Apóstol enumera la paz, precedida, no obstante, de la caridad y de la alegría. ¿Qué razón hay en esta secuencia?

Frutos de los que procede la paz

La caridad es la más importante de las virtudes y el primero de los frutos, «fuente y término de su práctica cristiana. La caridad asegura y purifica nuestra facultad humana de amar. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino».⁸ Lejos de ser un mero sentimiento, implica la ordenación del hombre hacia Dios, en una actitud de sumisión filial y obediencia dócil, conforme enseña el Señor: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (Jn 14, 15).

A la caridad le sucede la alegría, pues, según el Doctor Angélico, «el gozo lo causa la presencia del bien amado, o también el hecho de que ese bien amado está en posesión del bien que le corresponde y lo conserva».⁹ En cambio, San Juan afirma en su primera epístola: «Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (4, 16). Por la caridad el Señor se hace presente en quien lo ama, concediéndole así la posesión del mayor de los bienes. Por consiguiente, el gozo espi-



El Espíritu Santo - Basílica de la Virgen de los Desamparados, Valencia (España)

La auténtica paz, fruto del Espíritu Santo, procede de la alegría espiritual que fluye naturalmente del amor a Dios

ritual, fruto del Espíritu Santo, fluye naturalmente del amor a Dios.

Sólo alcanzaremos la alegría perfecta en el Cielo, donde «será plena la fruición de Dios, en la cual obtendrá también el hombre lo que hubiera deseado, incluso de los demás bienes».¹⁰ Sin embargo, en esta vida la felicidad que viene del Espíritu Santo le da al bautizado un prelude del gozo eterno. Y cuando la alegría es plena —en la medida en que es posible en esta tierra— entonces se obtiene la paz, por dos razones.

Solamente en Dios el corazón humano encuentra descanso

En primer lugar, porque la paz supone «el descanso de la voluntad en la posesión estable del bien deseado».¹¹ De hecho, quien está insatisfecho con el objeto que lo hace feliz no tiene gozo completo y de ese descontento sobreviene la inquietud interior.

Es natural que el hombre tenga deseos y en esta vida jamás nos veremos libres de ellos. La experiencia cotidiana nos muestra que el ser humano nun-

ca está satisfecho con lo que tiene, ya sea en relación con el dinero, con la salud física o con el placer; situación que lo coloca ante un dilema: o ir siempre en busca de más bienes terrenales, con la ilusión de encontrarlo, o amar al único Ser —eterno e infinitamente bueno— capaz de complacer en plenitud todos sus anhelos.

Es lo que expresa la consagrada frase de San Agustín: «Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti».¹² Isaías ya les aconsejaba a los suyos al respecto, dirigiéndoles las siguientes palabras de parte de Dios: «¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta y el salario en lo que no da hartura? Escuchadme atentos y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Inclinad vuestro oído, venid a mí» (Is 55, 2-3).

Que nada turbe vuestros corazones

Además, la paz que resulta de la caridad y de la alegría exige «la ausencia de agitación»,¹³ pues no podemos disfrutar adecuadamente de un bien si las perturbaciones, tanto internas como externas, nos incomodan.

La vida del hombre sobre la tierra, todos lo sabemos, es una lucha constante, cuyo embate principal ocurre en nuestro interior. Las pasiones nos hacen guerra y, a menudo, no practicamos el bien que deseamos, sino el mal hacia el cual nos sentimos arrastrados. Por otra parte, en nuestro sagrario interior, Dios se hace presente por la gracia y nos advierte por la voz de la conciencia. Las leyes del espíritu y de la carne pelean en este campo de batalla que somos nosotros.

A ese combate se le suman las enfermedades, las adversidades, los desentendimientos y toda clase de peligros. En consecuencia, con facilidad surgen en nuestro interior aquellos sentimientos tan comunes a los hombres cuando no reaccionan convenientemente a los infortunios: cansancio, hastío, desánimo, tedio, depresión e inquietud...

No obstante, las disposiciones del alma enteramente entregada a la acción del Espíritu Santo son otras. Quien ama exclusivamente a Dios no se perturba por nada, pues, como San Pablo, todo lo considera basura ante el bien supremo de ganar a Cristo y ser hallado en Él (cf. Flp 3, 8-9). Y, en ese mismo sentido, canta el salmista: «Mucha paz tienen los que aman tu ley, y nada los hace tropezar» (118, 165). Nada puede turbar la seguridad de quien sabe que está con el Todopoderoso: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (Rom 8, 31).

Objetivo imposible sin la gracia divina

Introducido en el orden sobrenatural, elevado a la participación en la naturaleza divina y hecho templo de la Santísima Trinidad, el bautizado debe vivir según lo que esta condición le pide. Aho-

ra bien, esto es imposible sin la gracia de Dios.

La ordenación interna del bautizado está en llevar una vida recta e íntegra, mediante la asistencia de los sacramentos, la oración y las buenas obras. Cuando el hombre peca y pierde la gracia santificante, establece para sí un fin ruin, distinto de aquel para el cual Dios lo destinó. Obviamente, en ese camino no encontrará paz, sino frustración y remordimiento.

Los malvados son como el mar borrascoso, que no puede calmarse; los justos disfrutan de verdadera paz incluso en medio de tormentos y dificultades

De donde concluye el Doctor Angélico que «sin gracia santificante no puede haber paz verdadera, sino sólo aparente»,¹⁴ pues la gracia conlleva la amistad con Dios.

El corazón del malvado y la paz del justo

Las Escrituras ilustran bien esta verdad, al mostrar que no hay paz para los que están fuera de la gracia de Dios y violan sus mandamientos.

El profeta Isaías describe con elocuencia la perturbación de los que desprecian al Señor: «Los malvados son como el mar borrascoso, que no puede calmarse: sus aguas remueven cieno y lodo» (57, 20). El malvado, porque se hace enemigo del Creador, no puede disfrutar de la verdadera paz. Sus pensamientos son como un «mar borrascoso», en donde se maquina la traición, el error y la infamia. En su corazón, sucio por la maldad de sus crímenes, «se remueven cieno y lodo». El propio Señor de los ejércitos es categórico cuando afirma que para ellos «no hay paz» (cf. Is 48, 22).

Mar tempestuoso en Porthcawl (Gales). En el destacado, Cristo bendiciendo - Catedral de Barcelona (España)



Gustavo Kralj

Reina de la paz, de la lucha y del sufrimiento

Plinio Corrêa de Oliveira



Virgen de la Paz - Iglesia de San Mateo, Lucena (España)

Francisco Lecaros

En la Letanía Lauretana, Nuestra Señora es invocada como *Regina Pacis*, Reina de la Paz. Procuremos analizar el significado más profundo de este título que la devoción católica atribuye a la Santísima Virgen.

La paz referida en esa advocación puede ser considerada bajo dos aspectos. En primer lugar, la del interior del alma; en segundo lugar, la exterior, es decir, de la sociedad.

Concepto erróneo de paz interior

Para comprender la primera acepción, antes debemos tener en cuenta que diversos conceptos y palabras atinentes a asuntos de piedad sufrieron, a lo largo de los últimos tiempos, ponderosas distorsiones en el modo de definirlos.

Así pues, se suele pensar que la paz interior de una persona consta de dos elementos. No es asaltada por ninguna tentación, ni se ve, por tanto, a vueltas con luchas internas. Su vida espiritual es tranquila, distendida, agradable, sin problemas. Esta persona se asemejaría a

alguien que está sentado dentro de un helicóptero en ascensión, en el cual, sin esfuerzo alguno, llega hasta el cielo con toda paz.

En consecuencia, no tiene ninguna cruz o sufrimiento. No pasa por angustias a propósito de enfermedades, de carencias materiales o de dificultades familiares. Para ella, todo transcurre en un sereno y perfecto orden, sin desavenencias ni adversidades contra las que tenga que luchar. Tal es el concepto corriente de paz interior.

Falsa noción de paz externa

Veamos ahora la idea común que se tiene de la paz externa.

Según la noción hoy extendida, la paz no es la obra de la justicia, de la virtud, sino de una cierta prosperidad materialista. Importa, ante todo, la estabilidad económica, las cuentas bancarias conservadas y nutridas, la jubilación asegurada, las personas alimentadas, con el confort y bienestar diarios garantizados. No hay pelear por cuestiones pecuniarias, todos viven alegres y tranquilos. Entonces, la paz reina en la nación.

Por su parte, el justo disfruta de verdadera paz incluso en medio de tormentos y dificultades. Esto es causa de disgusto y envidia para sus enemigos, porque no entienden cómo puede gozar de tamaña tranquilidad. «Las almas de los justos están en manos de Dios, y ningún tormento los alcanzará. Los insensatos pensaban que habían muerto, y consideraban su tránsito como una desgracia, y su salida de entre nosotros, una ruina, pero ellos están en paz» (Sab 3, 1-3).

Cristo, autor de la paz

«Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que procla-

ma la paz» (Is 52, 7), exclamaba estupefacto Isaías siglos antes de que el Verbo se encarnara. Y San Jerónimo, comentando ese pasaje, explica: «Nuestra paz es este mismo que mediante la sangre de su cruz ha pacificado todo en el Cielo y en la tierra».¹⁵

El Señor es el verdadero autor de la paz, ya que, como afirma el catecismo, «por la sangre de su cruz, “dio muerte al odio en su carne”, reconcilió con Dios a los hombres e hizo de su Iglesia el sacramento de la unidad del género humano y de su unión con Dios».¹⁶

Finalmente, nos logró la paz con Dios, pagando la deuda que contra nosotros pesaba, según exclama San

Pablo: «Así pues, habiendo sido justificados en virtud de la fe, estamos en paz con Dios, por medio de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual hemos obtenido además por la fe el acceso a esta gracia, en la cual nos encontramos; y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios» (Rom 5, 1-2).

Si quieres la paz, prepárate para la guerra!

Es curioso, pero inevitable, que cuando nos planteamos hablar sobre la paz terminamos recurriendo a la idea de la guerra. Dos adversarios luchan por la hegemonía en el corazón del hombre: por un lado, Nues-

Cuando todos los pueblos se encontrasen en esa feliz situación, algunos imaginan que no habría conflictos internacionales, ningún país de-searía agredir a otro y la población mundial llevaría una existencia calma y pacífica.

¿No habría padecido angustias la Reina de la Paz?

Conforme ese equivocado concepto, la devoción a Nuestra Señora Reina de la Paz consistiría en rendirle culto a la Madre de Dios en cuanto protectora de ese róseo estado de cosas, porque es el modelo de la persona que nunca tuvo pruebas, angustias, dolores. Fue concebida sin pecado original y, por tanto, su vida entera fue muy calma, sin dificultades. Tuvo un Hijo y un esposo muy buenos, residió en una pequeña ciudad llamada Nazaret, donde no había desavenencias de ninguna clase y Ella pasaba sus días enteramente relajada.

Es verdad que su Hijo, en determinado momento, sufrió y que María, durante la Pasión, había experimentado algún disgusto, del cual se recuperó enseguida, resignada. Poco después lo vería subir a los Cielos y se alegró al percibir que su Hijo se encontraba en muy buen sitio. Se acabaron los problemas, pasó el resto de su vida en la

tranquilidad doméstica, bajo los filiales cuidados del apóstol Juan.

Ese es el ideal de ciertas mentalidades, cuando hablan de Nuestra Señora de la Paz.

Un enunciado que no excluye luchas y sufrimientos

Ahora bien, la búsqueda de una correcta interpretación de ese título mariano nos llevaría a considerar que las primeras noticias sobre la Virgen en la Sagrada Escritura nos la presentan como la adversaria del demonio y la que aplastaría la cabeza de la serpiente: «Pongo hostilidad entre ti y la mujer», le dijo Dios a la víbora, «entre tu descendencia y su descendencia» (cf. Gén 3, 15). Es decir, hay una actitud fundamental de rechazo y de combate al mal en aquella que es invocada como Reina de la Paz.

Aparte de esto, como se infiere de las palabras divinas, todas las luchas libradas por la Iglesia y por los católicos contra los adversarios de la fe tienen en la mujer, es decir, en Nuestra Señora, el primer ejemplo de coraje y de fuerza para vencerlos. Entonces, si la paz fuera simplemente ausencia de lucha, ¿cómo la Virgen María iba a ser la Reina de la Paz?

Más aún. Si la paz consiste en no tener sufrimiento ni angustias, ¿cómo

se explican las palabras de Simeón dirigidas a Nuestra Señora, según las cuales una espada de dolor atravesaría su corazón? En realidad, María sufrió un diluvio de dolores en la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Ella vio surgir y crecer las antipatías, las animosidades y el odio con relación a su divino Hijo; de Él oyó la predicción de que sufriría y moriría crucificado, y no lo abandonó un solo instante, acompañándolo y participando de su martirio hasta el *consummatum est* en lo alto del Calvario, hasta la deposición del cuerpo sagrado en el sepulcro. Y todo lo sufrió en una actitud de lucha y de paz, para la redención del género humano, para aplastar al demonio y vencer la muerte.

Por consiguiente, la auténtica noción de paz no excluye la lucha ni el sufrimiento. Y donde está la Reina de la Paz, está la enemistad contra la serpiente y contra el mal.

Así, la auténtica noción de paz no excluye la lucha ni el sufrimiento. Y donde está la Reina de la Paz, allí está la enemistad contra la serpiente y contra el mal. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XI. N.º 124 (jul, 2008); pp. 10-14.

tro Señor Jesucristo propone la única y verdadera paz; por otro, el mundo, con sus mentiras e ilusiones, trata de perderlo presentándole una caricatura de ella.

Sin embargo, ambos contendientes difieren no solamente en el don que ofrecen, sino también en los medios que emplean para conseguir su objetivo. ¿Qué camino su-

giere el demonio para obtener la paz mundial? Y Cristo, ¿qué vías nos proporciona? Son cuestiones que responderemos en un próximo artículo. ✧

¹ SAN AGUSTÍN. De civitate Dei. L. XIX, c. 11. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1958, v. XVII, p. 1392.

² RODRÍGUEZ, OP, Victorino. *Teología de la paz*. Madrid: Aguirre, 1988, p. 9.

³ SAN AGUSTÍN, op. cit., c. 13, n.º 1, p. 1398.

⁴ Como bien explica Étienne Gilson, «la paz deseada por las sociedades no es sólo paz, sino

una mera tranquilidad de hecho, mantenida a toda costa y cualesquiera que sean las bases sobre las que se asienta» (GILSON, Étienne. *Introduction à l'étude de saint Augustin*. 3.ª ed. París: J. VRIN, 1949, pp. 227-228).

⁵ Cf. RIAUD, Alexis. *La acción del Espíritu Santo en las almas*. Madrid: Palabra, 2005, p. 112.

⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q.70, a.1.

⁷ Cf. LEGUEU, Stanislas. *Le Saint Esprit*. Angers: P. Desnoes, 1905, p. 133.

⁸ CEC 1827.

⁹ SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., II-II, q. 28, a. 1.

¹⁰ Ídem, a. 3.

¹¹ RIAUD, op. cit., p. 113.

¹² SAN AGUSTÍN. *Confessionum*. L. I, c. 1, n.º 1. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1979, v. II, p. 73

¹³ RIAUD, op. cit., p. 113.

¹⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., II-II, q. 29, a. 3, ad 1.

¹⁵ SAN JERÓNIMO. Comentario a Isaías. L. XIV, c. 52, vv. 7-8. In: *Obras*. Madrid: BAC, 2007, v. VII, p. 131

¹⁶ CEC 2305.

La santa que no entrará en el Cielo

Dios, cuando exige la renuncia de algún bien, lo restituye después con superabundancia. Por eso, los que sepan ser «pobres en el espíritu» en esta vida, recibirán «un tesoro en el Cielo».



Bruna Almeida Piva

Nuestra frágil naturaleza humana contiene en sí dos leyes opuestas: la de la carne y la del espíritu. Cuando queremos hacer el bien, es el mal el que se nos presenta; cuando nos enfervorizamos en la virtud, el deseo de nuestros miembros nos invita al pecado (cf. Rom 7, 21-23).

Sometidos a esta ardua contradicción, la lucha contra el mal existente en nosotros mismos pasó a ser el único camino para la salvación. Y para salir airosos de esa pelea, Dios nos ha concedido poderosas armas, como la oración, la vigilancia, la caridad, la alegría y tantas otras.

Ahora bien, así como un soldado no porta todos sus utensilios de guerra durante el desfile triunfal de la victoria, algunas de esas armas de combate espiritual no nos acompañarán a la felicidad eterna, pues su servicio habrá cesado. Este es el caso de la virtud de la pobreza.

Una necesidad nacida del pecado

Antes del primer pecado, Adán y Eva no poseían en sí el desorden de las pasiones, las cuales estaban siempre sometidas a la razón y ésta, por su parte, a la fe, por el don de

integridad. Practicaban la virtud sin ningún esfuerzo o lucha y de su interior nunca surgía inclinación hacia el mal. Enteramente libres, ambos podían disfrutar de todas las maravillas del paraíso, que eran como un «álbum de fotos» de Dios: a través de ellas podían convivir con su Artífice en espíritu de contemplación.

Ahora bien, a fin de ponerlos a prueba y coronarlos de méritos, Dios permitió que la serpiente se introdujera en el paraíso y les sugiriera el pecado original. Seducidos, pues, por la falsa satisfacción que les conllevaría comer del único fruto prohibido en aquel jardín de delicias, pecaron y

consigo condenaron a toda su descendencia a una perpetua guerra interior contra sus propias malas tendencias.

En esta nueva realidad, las criaturas, que antes eran para ellos un vínculo con el Creador, se convirtieron en un peligro de perdición. Sus pasiones desequilibradas los llevaron a desear de forma egoísta —por lo tanto, sin una finalidad sobrenatural— la mera fruición de todas las cosas, que se transformaron en una carga para prenderlos al mundo y arrastrarlos así a la condenación.

Por esa razón, surgió la necesidad de que el ser humano se controle en el uso de los bienes materiales y a menudo hasta de abastecerse de ellos, a fin de dominar su corazón.

La virtud católica por excelencia

En semejante contexto de lucha interior, la práctica de la pobreza educa al alma y la hace volverse hacia Dios, mientras el hombre está peregrinando en este valle de lágrimas.

Por eso, no es únicamente cosa de los religiosos, como piensan algunos, sino de todos los que desean salvarse.

Sin embargo, conviene aclarar que esa virtud consiste principalmente en un esta-



El hombre está sujeto a una perpetua guerra interior contra sus propias malas tendencias

Detalle de «El Bien y el Mal», por Víctor Orsel
Museo de Bellas Artes, Lyon (Francia)

do de espíritu. La mera carencia de bienes materiales no es suficiente, ni siquiera imprescindible, para practicarla, como afirma Benedicto XVI. «La pobreza de que se habla nunca es un simple fenómeno material. La pobreza puramente material no salva [...]. El corazón de los que no poseen nada puede endurecerse, envenenarse, ser malvado, estar por dentro lleno de afán de poseer, olvidando a Dios y codiciando sólo bienes materiales».¹ Los *pobres en el espíritu* de los que nos habla el Evangelio (cf. Mt 5, 3), no son tanto los indigentes, sino los que tienen auténtico desapego de los bienes terrenales y se valen del mundo como si de él no se valieran, seguros de que la representación de éste se termina (cf. 1 Cor 7, 29-31).

En suma, la pobreza de espíritu «es, en cierto sentido, la virtud católica por excelencia, pues para hacer enteramente la voluntad de Nuestro Señor», nuestra más alta finalidad, «hemos de ser desapegados de todo lo que poseemos. De lo contrario, al sernos pedido, en nombre del servicio a Dios, la renuncia de algo a lo que nos hemos aficionado, bastante más difícil será nuestra conformidad con el superior designio divino».²

Amar a Dios en las criaturas

Vivir la virtud de la pobreza así concebida exige, no obstante, una predisposición de alma muy importante. Hay que entender que el núcleo de la vida cristiana consiste en el amor a Dios. Y esto debe ser practicado no solamente *sobre* todas las cosas, sino *por medio* de todas las cosas: al igual que en el paraíso antes del peca-

do, hemos de hacer de las criaturas un medio de elevarnos a Dios y servirlo.

Si esta forma de desprendimiento rige nuestras apetencias, entonces sabremos renunciar a los bienes que nos alejan de la santidad y utilizar con desasimiento aquellos que nos son útiles y necesarios.

Este combate espiritual por el desapego es, naturalmente, muy arduo. Pero no durará para siempre. Los que no desistieren a mitad del camino tendrán, en la eternidad, el júbilo de ver restaurada en sus almas esa pureza de intención propia a la integridad original de la naturaleza humana elevada por la gracia. Una vez salvados, recibirán de Dios inapreciables e infinitos tesoros, pues, al contrario que el demonio, que promete conceder lo que nos va a robar, Dios, cuando nos exige la renuncia de algún bien, nos lo restituye después con superabundancia: «Todo el que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna» (Mt 19, 29).

Como afirmaba Santa Teresa del Niño Jesús, la pobreza es santa, ¡pero no entrará en el Cielo!³ Más bien será el castigo de los que eligieron ser ri-

cos de corazón en esta vida.

¡Seamos ejemplos vivos de desapego!

Pocas virtudes han sido tan distorsionadas por la maldad humana, a lo largo de los siglos, como la pobreza. Lamentablemente, a menudo es confundida con el miserabilismo —proyectado incluso en las iglesias y en el servicio del altar—, con la suciedad y hasta con un filantropismo ateo, que se vanagloria de alimentar los estómagos, pero se olvida de salvar a las almas...

Tales deformaciones, sin embargo, no son más que un egoísmo disfrazado de virtud, que niega al servicio de Dios y del prójimo lo que desea guardarse para sí. El genuino espíritu de pobreza, por el contrario, sabe cómo usarlo todo para amar y glorificar a Dios.

Nuestra misión de católicos es ser ejemplos vivos del auténtico desapego enseñado en el Evangelio. Trabajando siempre para aumentar la gloria de la Iglesia y conquistar almas, despreciemos todo lo que nos debilita en el amor a Dios y así estaremos apresurando la instauración del feliz reinado de Jesús y de María sobre todo el universo. ✧

¹ BENEDICTO XVI. *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. Bogotá: Planeta, 2007, p. 104.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «O partido de Jesus e o do mundo». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XI. N.º 118 (ene, 2008); p. 12.

³ Cf. SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS. *Non morro... entro na vida. Últimos coloquios*. 3.ª ed. São Paulo: Paulinas, 1981, p. 68.



Es más pobre de espíritu un rico temeroso de Dios que un pobre codicioso que desprecia a su Creador

A la izquierda, «La caridad», por Manuel Ocaranza - Museo Nacional de Arte, Ciudad de México; a la derecha, «Usurero con una mujer llorosa», por Gabriel Metsu - Museo de Bellas Artes, Massachusetts (EE. UU.)

Lector, dejo a su elección el título de este artículo

Muchos fabrican falsos silogismos con la explícita intención de engañar. Sin embargo, más nocivos son quienes se transforman en propagadores del error sin percibirlo. ¿Estaremos nosotros en esta triste situación?

Ángelo Francisco Neto Martins



En uno de sus famosos golpes de genio, Joseph De Maistre hace la siguiente analogía: «Las falsas opiniones son como la falsa moneda, que primero es acuñada por grandes culpables y, a continuación, gastada por personas honestas, que perpetúan el crimen sin saber lo que están haciendo».¹ Y esas «monedas», en general, tienen nombre: *sofismas*.

El sofisma es un fallo de raciocinio. Aunque cometamos muchos errores, desde el punto de vista lógico sólo hay dos formas de hacerlo: o discurrendo *mal* con datos *correctos*, o *bien*, con datos *falsos*.

Pero no podemos concluir que todo fallo en el pensamiento corresponda a un sofisma. Para que este último ocurra, es necesario otro elemento más: la mala fe. Muchos fabrican falsos silogismos con la explícita intención de engañar. Los más nocivos, sin embargo, son los que se transforman en pro-

pagadores del error sin darse cuenta de ello. De ahí la precisión de la analogía con la falsa moneda, presentada por el célebre ultramontano.

Tal razón me lleva a creer que si usted, lector, se ha sorprendido al conocer ese mal, quizá se espante aún más al saber que posiblemente se encuentre afectado por él... Pues bien, a fin de prevenir —o curar— la enfermedad, enumero brevemente cinco de los más habituales sofismas del mundo contemporáneo, haciendo del bolígrafo, bisturí, y de la lógica, medicina.

Fanáticos del antifanatismo

Era un día de lluvia amena, aquel en el que un sacerdote me contó un hecho singular: conversaba él con un individuo que se declaraba buen católico. El clérigo, dotado de privilegiado sentido psicológico, se quedó desconfiado: «Ya... claro. Por curiosidad, ¿usted va a Misa los domingos?». La respuesta vino con una seguridad desconcertan-

te: «Tanto como eso, no, padre; soy católico, pero no soy fanático».

Me quedé intrigado... Antiguamente los criterios para recibir el epíteto de fanático parecían ser algo más exigentes. En fin, las cosas cambian con el tiempo, tal vez sería el caso de revisar conceptos. Recurrí a un buen diccionario y encontré la siguiente acepción en la entrada *fanatismo*: «Celo religioso obsesivo que puede conducir a extremos de intolerancia».²

«Extremos». Me parece que ahí se encuentra el *clou* del problema. Actualmente, para ser fanático, basta con sustentar una idea de forma convencida y tener un oponente que lo contradiga. Porque, a partir del momento en el que existe un contrapunto, ya hay dos extremos; y donde hay dos extremos, en la concepción mediocre del hombre contemporáneo, existe extremismo o, mejor, fundamentalismo. Por lo tanto, el que sustenta una posición —cualquiera que sea— con vigor, lleva la

marca de fanático en la frente. Luego el propugnador de la verdad también será un fanático-extremista.

Así que todo el conocimiento humano —exactamente porque se basa en la verdad— entra en agonía. Comienza por la aritmética: alguien defiende que 3 sumado a 3 equivale a 6; alguien se opone diciendo que 3 más 3 es igual a 2; entra un antiextremista extremado que hace un promedio y afirma que es 4. Habrá quienes ya estén preparando el féretro de las ciencias exactas...

Otro caso: los ateístas creen —porque es preciso creer— que Dios no existe; la Iglesia predica que existe. Si decidimos huir del «fanatismo» tendremos que moderar las dos corrientes: Dios existe a medias. Por decir poco, creo que esto es el cementerio de toda ideología.

El mal no está en ser extremista en la acepción hodierna de la palabra —estar decidido a adoptar una posición. Radica, más bien, en abrazar un extremo falso. O tal vez peor —por utilizar el idolatrado «tal vez» de los fanáticos del antifanatismo—, en oponerse férreamente a tomar cualquier partido.

Oh, antifanatismo, ¡cuántos fanatismos no habrás suscitado!

Alguien podría cuestionar lo siguiente: «Pero ¿y el principio de que “la verdad está en el medio”?». Le contesto: cabe señalar que esta máxima aristotélica adoptada por Santo Tomás de Aquino no es absoluta; en primer lugar, porque no se aplica a las virtudes teologales. Por otra parte, el Doctor Angélico³ explica que, incluso a las cardinales, se impone únicamente en cierto sentido, en cuanto tales virtudes median entre dos vicios opuestos, generalmente excesos de un equilibrio, como ocurre, por ejemplo, con la valentía, que se encuentra entre la cobardía y la temeridad. Toda virtud es, en efecto, un extremo, en cuanto que se conforma al máximo con la recta razón, en oposición a los vicios, que se distancian de ella. Sería ridículo quejarse de que un juez está siendo justo en exceso o que un político ha sido demasiado honesto...

Un círculo de cuatro ángulos

«Soy católico, pero no soy fanático». Aún resuena la frase en mi mente, evocando enseguida otra expresión, análoga y también muy difundida: «católico no practicante».

Habría que preguntarse qué entienden estos por *católico*. Si el calificativo corresponde a un cargo profesional

o una denominación honorífica, que alguien puede mantener como titular sin necesidad de ejercerlo o, quien sabe, si designara simplemente aquel que cree en los dogmas, quizá tendría razón. Serían los «católicos del Instituto de Estadísticas», de los que tanto se habla últimamente. No obstante, Martín Lutero ya hizo el favor de obligar a la Iglesia a esclarecer para los siglos futuros que quien piensa que sólo es necesario la fe, sin obras, es hereje.

Católico en sentido estricto es, por definición, el que practica la religión católica. Ahora bien, ¿qué viene a ser un practicante que no practica? No tengo ni idea...

En realidad, esto me recuerda una expresión latina procedente del catálogo de los sofismas, denominada *contradictio in terminis*, contradicción en los términos, que consiste en unir dos realidades que se excluyen mutuamente. Ejemplifico: un círculo cuadrado contiene dos realidades excluyentes, porque la forma circular presupone la ausencia de ángulos.

Por cierto, también nuestras queridas matemáticas lo atestiguan: 2 es igual a 2, 2 menos 2 es igual a 0. De la misma manera: católico es igual a practicar el catolicismo; católico menos practicar el catolicismo es igual a cero.



Diliff (CC BY-SA 3.0)

Si todos los que se dicen católicos frecuentaran los sacramentos, las iglesias no estarían vacías

Iglesia de San Pedro, Drogheda (Irlanda).

En la página anterior, «El prestidigitador», por El Bosco - Museo de Saint-Germain-en-Laye (Francia)

Dios es uno solo

Época hubo en que las fieras circenses se saciaron de la carne de hombres convencidos de sus ideales religiosos; hogueras en plazas a rebosar tenían las llamas de la fe por comburente; espadas provocaban chispas en otras en defensa de sus propias creencias. Pero esos tiempos ya acabaron. Más bien, acabaron con ellos.

Para que los hombres no se inmolaran por la verdad, se optó por inmolar la verdad en el altar de la conciliación.

«Hay un solo Dios» (Ef 4, 6). Las religiones monoteístas creen en un único Dios; entonces, creen en la misma divinidad. «Dios es uno solo»... se oye mucho aquí, allí y acullá. Hemos ante uno de los cuchillos sacrificantes de la verdad.

Así es. Si la lógica fuera una persona, creo que hace mucho tiempo que ya estaría muerta. Aunque dentro de su tumba se habría dado sin duda la vuelta frente a tan grande sofisma. La media vuelta, porque el cuchillo asestó el golpe en una regla fundamental del silogismo, la cual enseña a no valorar de forma distinta las palabras en las premisas. Analicémoslo: «creer en un Dios» y «creer en el mismo Dios» son cosas diferentes.

El propio San Pablo no afirma sin más que «hay un solo Dios». Inmedia-

tamente antes de eso, precisa: «Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo» (Ef 4, 5). Traduzco minuciosamente lo que dice el Apóstol: de la existencia de un solo Dios y Señor se sigue que hay una sola verdad acerca de Él — una sola fe— y una única práctica según esa verdad —un solo bautismo.

El mismo Ser supremo no puede, simultáneamente, ordenar preceptos que se excluyan: prohibir y permitir que se coma carne de cerdo; aprobar y censurar la poligamia o el divorcio; acoger y repudiar el culto a las imágenes; anunciar, por un lado, que hay un premio y un castigo eternos y, por otro, que no hay vida después de la muerte, o que estamos sujetos a la reencarnación. Dios no puede estar en contradicción consigo.

La verdad es una e inmutable. Donde hay verdades diferentes, de dos una: ninguna de las verdades o solamente una es... verdadera. Si existe nada más que un Dios, lo cual se concluye mediante la razón natural, sólo puede haber una doctrina auténtica sobre Él.

Cuidado con esas monedas falsas

Al principio he mencionado la consideración de De Maistre sobre las opiniones falaces: son como las mone-

das falsas. Pues bien, he dejado para el final de este artículo las dos más comunes.

Según el parecer de un reputado estadista como Metternich —que puede sonar a herejía a oídos contemporáneos, pero toda verdad tiene sus matices—, «dos palabras son suficientes para crear el mal; dos palabras que, a fuerza de carecer de todo sentido práctico, deleitan en el vacío a los soñadores. Estas palabras son *libertad* e *igualdad*».⁴

Empecemos por la primera. Sin duda, tiene un inapreciable valor, cuando es verdadera. Sin embargo, la mayoría de las monedas que circulan con ese nombre no poseen autenticidad.

¿Cómo identificar la que llevamos en el bolsillo? Tan simple como leer la inscripción que en ella viene grabada. El término *libertad*, continúa Metternich, es como el de *religión*. ¿De qué credo se trata? Asimismo, ¿a qué libertad se está refiriendo? ¿Qué se entiende por libertad?

Recitan las *Institutas* de Justiniano⁵ que consiste en la facultad de hacer lo que se quiera, *excepto aquello que la ley prohíbe*. Cualquier sociedad con un mínimo de civilización impondrá límites a sus ciudadanos. De lo contrario, se establece el caos. Pero ¿cuáles son las fronteras de la verdadera libertad?

Si en su moneda está estampado «mi libertad termina donde empieza la del otro», sepa que se trata de una falsificación, porque, en el fondo de esa idea, está la de que la moral se basa en un mero trato de coexistencia pacífica, sin fundamento en valores absolutos. La baliza pasa a ser simplemente la propia comodidad. Perdóneme la truculencia de los ejemplos: ¿Quiere acabar con su salud cometiendo toda clase de excesos? Siéntase a voluntad, siempre y cuando no me fastidie. ¿Desea acabar con su familia? Si sus miembros no se ofenden, ¿qué problema hay? ¿Que ha optado por matarse? Por favor, únicamente no me cau-



Hubo un tiempo en que la mayoría de los hombres no recelaba derramar su propia sangre por su fe

«La toma de Jerusalén por los cruzados», por Émile Signol
Palacio de Versalles (Francia)

se molestias con eso... ¿Adónde iremos a parar?

La libertad no consiste en ser esclavo de los propios instintos y pasiones, sino en nuestro imperio sobre lo que más queremos: nosotros mismos. Es la moneda con la que compramos el Cielo, pues nos da la posibilidad de adquirir méritos; cuando no está falsificada o no es un vil oropel, es «la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rom 8, 21).

No obstante, como en la mayoría de las ocasiones ese concepto no se encuentra bien definido en las mentes, es fácil transformarlo en una especie de cliché demagógico y etéreo, que todo el mundo ama, defiende, busca... sin saber exactamente de qué se trata. Es lo que la lógica llama *equivocidad*, o sea, emplear una palabra con varios sentidos distintos para llevar el raciocinio adonde uno quiera.

¿Qué diría Terencio?

Falta hablar acerca de la igualdad, en cuya exposición me remito a una brillante explicación del Prof. Plinio Correa de Oliveira.⁶ Cuántas veces no escuchamos: «La justicia manda que, desde el punto de partida de la vida, todos tengan las mismas oportunidades». ¿Será real esta afirmación?

Tomemos la célula madre de la sociedad: la familia. Hay un factor natural, misterioso y sagrado, que está íntimamente ligado a ella: la herencia biológica. Es evidente que algunas familias tienen mejores dotes, desde ese punto de vista, que otras.

Hay familias en las se transmite a través de muchas generaciones el sentido artístico, o el don de la pa-



Francisco Lecaros

La multiplicación de los conceptos errados de libertad es una de las principales causas del caos contemporáneo

«La fiesta de la Razón en Notre Dame de París», por Charles-Louis Müller
Museo Santa Cruz, Poitiers (Francia)

labra, o el tino médico, o la aptitud para los negocios. La propia naturaleza —y, por tanto, Dios, que es su autor— invalida, por medio de la familia, el principio de la igualdad desde su punto de partida. Ahora bien, ¿por qué esa impertinencia de imponerla artificialmente en el patrimonio, en la cultura y en tantos otros campos?

Uno de los famosos oradores togados, de nombre Terencio, discursó en defensa de una idea que después se vulgarizó en el siguiente adagio: «*Duo cum faciunt idem non est idem*».⁷ Una vez más, los antiguos tenían razón. Aunque todos hicieran y pensaran lo mismo, harían y pensarían de forma diferente.

No sé qué título ponerle a este artículo

Al llegar al final de la disertación, surgió la dificultad: ¿qué título le pongo? Pensé llamarla *Problemas de la actualidad*, pero la formulación era

demasiado banal. Sería el enésimo artículo —elevado a cien— que llevaría ese nombre pomposo para designar el fenómeno más común de nuestros días: los problemas.

Exclamé «¡Herejes!», basándome en el espirituoso modo con el que Chesterton los definió: «Un hombre cuya visión de las cosas tiene la audacia de diferir de la mía».⁸ De hecho, al no haber verdades absolutas, ese es el único criterio que aún se utiliza para tacharle a alguien con ese solemne epíteto.

Insatisfecho, recurrí a otros: ¿*2+2 aún es igual a 4?*; o quizá: *La última vez que sacrificaron la Verdad, resucitó al tercer día*, pero nada encajaba con el conjunto del artículo.

Ante la falta de inspiración, desistí de titularlo. Parecía la parte más fácil y, sin embargo... Hay ciertas posturas de alma tan ilógicas que realmente se hace difícil calificarlas. Dejo, pues, que el lector escoja el título. ✧

¹ DE MAISTRE, Joseph. *Les soirées de Saint Pétersbourg*. 2.ª ed. Lyon: J. B. Pélagaud, 1870, t. I, p. 24.

² FANATISMO. In: HOUAISS, Antônio; VILLAR, Mauro de Salles. *Grande Dicionário Houaiss da Língua Portu-*

guesa. Rio de Janeiro: Objetiva, 2001.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 64, a. 1; a. 4.

⁴ DECAUX, Alain. «Metternich, “cocher de l’Europe”». In:

Historia. Paris. N.º 318 (mayo, 1973); p. 132.

⁵ Cf. JUSTINIANO. *Institutas do Imperador Justiniano*. Bauru: EDIPRO, 2001, p. 25.

⁶ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «O problema dos 4 irmãos». In: *Folha de São Pau-*

lo. São Paulo. Año XLVIII. N.º 14.500 (26 feb, 1969); p. 4.

⁷ Del latín: «Cuando dos personas hacen lo mismo, no es lo mismo».

⁸ CHESTERTON, Gilbert Keith. *Hereges*. Campinas: Ecclesiae, 2011, p. 35.

Opinión pública y hombres-clave

Discurriendo sobre el importante papel de las tendencias y de las ideas en el enfrentamiento entre la Revolución y la Contra-Revolución, el Dr. Plinio analiza el poder de la opinión pública y la influencia ejercida en la sociedad por quienes él denomina hombres-clave.



Plinio Corrêa de Oliveira

Con respecto a la fuerza de la opinión pública, es factible establecer una verdadera doctrina. Inicialmente, podríamos preguntarnos en qué debería haber consistido en el paraíso, antes del pecado de Adán y Eva. Si ellos no hubieran caído y su descendencia hubiera continuado en el Edén, ¿existiría una opinión pública? ¿Cuál habría sido su valor y su dinamismo?

Para responder a estas preguntas, hemos de hacer algunas consideraciones.

Del máximo grado de verdad al que se podría llegar...

Como punto de partida debemos tener presente que en el paraíso terrenal el hombre no estaba sujeto al error. De ahí se concluye, a primera vista, que todas las opiniones serían iguales. Porque si esto no fuera así, necesariamente una de ellas tenía que estar equivocada. Por lo tanto, era imperativo que hubiera una absoluta uniformidad de pensamiento.

Sin embargo, un análisis más profundo nos muestra que dicha concepción es incorrecta. Puesto que cada hombre discierne en realidad determinados aspectos de una manera más completa que los otros,

sin que haya necesidad de decir que el prójimo está equivocado, podemos afirmar que cada hombre está más especialmente dotado para ver una determinada característica de la Creación.



Tres o cuatro artistas que ante un cuadro de un gran pintor comiencen a tejer comentarios, aunque estén reflexionando sobre la misma obra, cada cual, con la sensibilidad artística que le es propia, verá en el lienzo un conjunto de aspectos que los otros no ven y sentirá lo que los otros no sienten.

De modo que, en una conversación que se realizara antes del pecado original, no cabría discusión, ya que nadie estaría errado, sino que cada uno opinaría para completar el pensamiento del otro. La opinión públi-

Si nuestros primeros padres no hubieran pecado, la opinión pública sería, en el paraíso, el conjunto armónico de las impresiones de todos

Adán y Eva siendo expulsados del paraíso - Basílica de Santa Catalina de Alejandría, Galatina (Italia)

ca sobre un determinado asunto sería, por tanto, el conjunto de las impresiones de todos los hombres con respecto a aquella cuestión. En otras palabras, eso sería el máximo grado de verdad al que los hombres podrían llegar a propósito de cierto tema.

Es evidente que una opinión pública concebida así constituiría una autoridad extraordinaria para los hombres, con una fuerza natural inmensa, y una satisfacción no pequeña. Según este orden de cosas, la sociedad debería dejarse ilustrar y guiar por ella, pues el ser humano, por su propia esencia, ha sido hecho para pensar y actuar en función de una opinión pública.

... a un consenso general sujeto a error

Con el pecado original, los hombres se volvieron susceptibles de errar, aun cuando sigan con la tendencia de dejarse gobernar por la opinión pública. Ésta, por su parte, pasó también a estar sujeta a errores, de forma que la situación del hombre se hizo dolorosa: por un lado, permaneció con una extraordinaria voluntad de concordar con la opinión pública; por otro, se sintió en la obligación de ejercer el control sobre ella.

Discrepar de la opinión pública es una de las actitudes más desagradables a la que el hombre tiene que someterse. Supongamos un corrillo de muchachos donde cada cual se jacta de las inmoralidades que ha practicado. En determinado momento, le preguntan a uno de ellos: «Y tú, ¿qué hiciste anoche?».

Si el joven responde que se fue a dormir, se produce una especie de decepción general: «Este soso se acostó. ¡Qué bobo!».

Y el muchacho, que era el único con razón en ese círculo y que bien podría haber llamado a todos los demás de sinvergüenzas, no tiene coraje de hacerlo. Se calla, porque es terrible el peso de la opinión pública.

Semejantes situaciones son difíciles de enfrentar, ya que el pensamien-

to del prójimo en relación con nosotros se reviste de una importancia desmesurada. Se vuelve penoso romper con el consenso general, porque somos poderosamente influenciados por las opiniones y conductas ajenas.

La contagiosidad humana en las tendencias y en las ideas

De ahí podemos extraer una noción a la cual le daríamos el nombre de *principio de contagiosidad humana*.

Imaginemos, a modo de ejemplo, que conviviéramos con el cardenal Merry del Val, secretario de Estado de San Pío X, muerto en olor de santidad. Sin duda, la presencia del

Un ejemplo de contagio en el plano de las tendencias son los desfiles militares, los cuales transmiten impresiones rápidas que marcan al alma

ilustre y virtuoso purpurado ejercería un gran efecto sobre la casa en la que morásemos. A la hora de la cena, se pondría en la cabecera de la mesa; nosotros, instintivamente, apagaríamos la radio que estuviera retransmitiendo el último noticiario; él empezaría a conversar y, claro, nadie tendría el atrevimiento de hacerle preguntas como: «Eminencia, ¿se ha enterado del nuevo chiste del portugués y el turco?».

¡Ni comprendería algo de ese nivel! Daría una tan gélida sonrisa protocolaria que pronto se entendería el error cometido y se elevaría el tono de la conversación. A este contagio de dignidad que se produciría con la simple presencia del cardenal Merry del Val, podríamos llamarlo contagio en el plano de las tendencias.

Otro ejemplo, en la misma línea, son las paradas militares. ¿Por qué, para estimular el patriotismo, se hacen desfiles? A primera vista podría parecer que un discurso sería más eficiente. En realidad, no es lo que sucede. Los tanques de guerra pasando, la caballería con sus cornetas, las compañías de infantería con sus redobles de tambores, todo esto atrae de modo superlativo. Y cuando retumban los



Desfile del regimiento de infantería, por Alexander Pock
Museo de Historia Militar, Viena

Francisco Lecaros

cañones y empieza a sonar el himno nacional, entonces todos quedan electrizados. Se produce el contagio por el mero hecho de contemplar al ejército marchando, al igual que ocurriría al ver a un fraile caminando o una procesión avanzando. Son impresiones de pocos minutos, pero que marcan profundamente al alma.

También existe el contagio en el plano de las ideas. Si leemos un determinado argumento en un libro, lo memorizaríamos como si se tratara de un tema aprendido en clase. No obstante, si un compañero que ejerce sobre nosotros cierta influencia sustentara esa misma tesis, ésta parecería que cobra vida y empezaríamos a interesarnos por ella. Se volvería tan distinta del argumento leído en el libro como una mariposa volando lo es de otra que se encuentra muerta en un museo de Historia Natural. Adquiriría otra vitalidad y otra capacidad de penetración. Eso es la contagiosidad.

Influencia entre personas y en los ambientes

De ahí se deduce que no hay un hecho en la vida social que esté exento de un efecto de opinión pública en el plano Revolución y Contra-Revolución. Dos personas que charlan tranquilamente, si no tienen cuidado, se contagian mutuamente. Es imposible que dos individuos se vean sin que ejerzan, el uno sobre el otro, influencia alguna, por mínima que sea.

Como corolario de la afirmación anterior, podemos decir que un hombre que se halla en un ambiente concreto, o bien practica una reacción constante para evitar dejarse influen-

Los hombres-clave por vocación divina tienen como misión traslucir lo sobrenatural por su simple presencia



San Juan María Vianney, Ars-sur-Formans (Francia).
En el destacado, San Francisco de Asís, por Fra Angélico
Museo de San Marcos, Florencia (Italia)



Tiago Kruger Galvão

El principio de los hombres-clave

Esta idea nos conduce a otro principio: el de los hombres-clave.

En la sociedad hay algunos hombres en los cuales la función de irradiar es particularmente intensa. Esto se verifica en tres categorías de personas: hombres que ejercen esa función por vocación divina; hombres que la ejercen por su estado; hombres que la ejercen por capacidad personal.

Entre los primeros tomemos, a título de ejemplo, a San Francisco de Asís. Narran las crónicas un episodio de su vida que, en el terreno de las tendencias, es verdaderamente maravilloso.

Entre los primeros tomemos, a título de ejemplo, a San Francisco de Asís. Narran las crónicas un episodio de su vida que, en el terreno de las tendencias, es verdaderamente maravilloso.

En cierta ocasión, San Francisco invitó a uno de sus religiosos, fray León, a ir a predicar al pueblo. Salieron del convento, recorrieron varias calles de la ciudad y regresaron. Cuando llegaron fray León, algo confuso, le preguntó al santo qué sermón habían hecho; él le respondió: «Andar por la calle ha sido el sermón que hemos predicado».

Es precisamente la aplicación del principio enunciado más arriba. Ver

a alguien como San Francisco, tan pobre, tan humilde, tan recogido, tan suave, tan profundo, tan penetrado de su vocación, tan elevado, tan sobrenatural, equivale a oír una predicación.

Otro ejemplo de hombre-clave por vocación divina es San Juan María Vianney. Era poco inteligente y de personalidad modesta. No obstante, nada más verlo predicar en el púlpito, de lejos, aun siquiera sin conseguir oírlo, muchos se convertían. El Cura de Ars pertenecía a esa categoría de hombres a quien Dios le confirió la misión de, en cierto sentido, hacer translúcido lo sobrenatural, de manera que a su lado la gente sentía lo que los apóstoles experimentaron en el Tabor junto a Nuestro Señor Jesucristo.

Un ejemplo de hombre-clave por su estado

Además de los que por vocación divina tienen esa misión, hay otros que la poseen por su estado. Los hom-

bres de una alta categoría social, por ejemplo, deben ser personas emblemáticas, capaces de irradiar determinadas verdades que conserven la integridad y el orden de la sociedad en la que viven.

Podemos citar el famoso caso del Gran Duque Nicolás Nikolaevich durante la revolución comunista. Era un hombre muy alto, de rostro alargado, nariz picuda y con la característica de tener el mentón rematado por una perilla blanca. Era hercúleo, eslavo vigoroso, que parecía salir del bosque, pero bien peinado y disciplinado.

En su época estalló la revolución bolchevique. El fantasmal, flaco y tibio Nicolás II abdicó. La muchedumbre revolucionaria andaba suelta por San Petersburgo, agitadores corrían de un lado a otro gritando eslóganes y haciendo ondear la bandera roja, obreros saqueaban las tiendas que encontraban por el camino. El Gran Duque Nikolaevich, al enterarse de la situación, decidió salir de su palacio para hablar con el zar y garantizarle su solidaridad. Vistió su uniforme repleto de condecoraciones, entró en una gran limusina con su auxiliar de mando y se puso en marcha. Lo inevitable, ocurrió. A cierta altura los revolucionarios detuvieron el vehículo y empezaron a romper los cristales, con la intención de matar al Gran Duque. Éste se levantó y, con toda su

estatura, clavó los ojos en el pueblo, le echó una áspera reprimenda, intímándolo a que se retirara. Todos se apartaron y el automóvil llegó al palacio imperial.

El Gran Duque era un hombre que tenía como deber de estado reflejar la majestad real, y sabía hacerlo. Como militar, debía mantener la disciplina y sabía simbolizarla, tanto que él solo dispersó a una multitud furiosa.

En este sentido, cabe decir que todo hombre debe externamente reflejar su función en la sociedad. Lo que el francés llama *le physique du rôle* —tener el aspecto físico apropiado al papel que se desempeña— es algo exigible a cada persona. Un magistrado no puede presentar un aire de payaso; si lo hiciera, estaría traicionando su misión. A parte de conocer muy bien las leyes, debe ser un hombre embebido de la dignidad de su cargo. A un militar no le encaja el perfil de petimetre. El sacerdote no puede tener el aspecto de laico; y nada peor que un laico con aspecto de cura. Cada papel social posee una hechura propia y existe una para cada papel.

Hombre-clave por capacidad personal

Hay, finalmente, individuos que manifiestan ese don de irradiación por capacidad personal. Muchas veces, solamente por su silencio, por su mirada, por una media palabra, por su simple presencia, tales hombres crean una serie de estados de espíritu. Otros tienen la misma cualidad en el terreno de la lógica o del sofisma: argumentan tan bien que el adversario queda aplastado por su raciocinio.

Son personas a quienes Dios les otorgó la tarea de guiar a los demás hacia el bien, dentro del propio orden natural. Y si alguien tiene esa capacidad está obligado a ejercerla. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año II. N.º 13 (abr, 1999); pp. 11-14.



Reproducción

Existen hombres-clave que, debido a su estado, deben irradiar los principios que su posición representa

El Gran Duque Nicolau Nikolaevich, entre 1903 y 1904

BEATA HUMBELINA DE JULY

Amar es servir... ¡siempre sonriendo!

Niña ejemplar, de temperamento fogoso y dotada de abundantes cualidades naturales, la vía del matrimonio parecía ser aquella por la cual Humbelina llegaría a la santidad. Pero Dios tenía para ella otros planes más elevados...



Hna. María del Pilar Perezcanto Sagone, EP

Reproducción



En el lejano siglo XII, residía en la Borgoña francesa una noble familia constituida por Tescelino, señor de Fontaines, su esposa, la piadosa Alice, y sus siete hijos: Guido, Gerardo, Bernardo —que sería el gran abad de Clavaul—, Humbelina, Andrés, Bartolomé y Nivardo.

En el castillo donde la bendecida prole vino al mundo, la armonía y el espíritu religioso propio de la Edad Media reinaban entre todos, siendo el incentivo mutuo a la práctica de la virtud el pan de cada día. Se conversaba sobre el Creador con naturalidad y la fidelidad a los Mandamientos era moneda corriente. Los deberes de los cuales la Santa Iglesia incumbía a los guerreros católicos —defenderla y amarse entre sí— eran valerosamente cumplidos por Tescelino, cuyo ejemplo sus hijos enseguida empezaron a reflejar.

En medio de una sociedad que consideraba la caballería como la mejor expresión de las virtudes morales de un varón, los seis niños de la familia poseían todos los atributos

para convertirse en figuras famosas y de éxito. Y para Humbelina, la única dama de la pléyade de hermanos, el futuro también le sonreía de modo prometedor. Dotada de una belleza singular, en ella se unían la dulzura y la fortaleza, la gentileza y la intrepidez, y no le faltaron pretendientes a la altura de su dignidad.

No era difícil prever un porvenir brillante para cada uno de los miembros de esta familia. Lo que nadie hubiera imaginado es que refulgirían en la Historia con una gloria muy superior

a la conquistada por cualidades humanas, aunque elevadas, y que atraerían los tiempos enaltecidos por la Iglesia con la honra de los altares.

Una madre ejemplar

Conocida en el ducado por su profunda modestia y generosidad para con los necesitados, Alice de Montbard constituía el sólido cimiento de la santidad de sus hijos. De carácter firme y bondadoso, les inculcó en el corazón no sólo el horror al pecado, sino también la generosidad para con Dios, a tal punto que todos supieron renunciar a un bien —la caballería— para abrazar otro mayor: la vocación a la cual la Providencia los había destinado, en la vida religiosa.

«No puedo olvidar, escribe uno de los amigos de San Bernardo, cuánto esta dama ilustre buscaba servir de ejemplo y de modelo a sus hijos. Estando en el hogar, casada y en medio del mundo, imitaba en cierto modo la vida solitaria y religiosa, por sus abstinencias, por la sencillez de sus ropas, por su alejamiento de los placeres y de

*En aquella bella
joven se unían la dulzura y la fortaleza,
la gentileza y la intrepidez; no le
faltarían pretendientes a su altura*

las pompas del siglo; se retiraba tanto como le era posible de las agitaciones de la vida mundana, perseverando en los ayunos, en las vigili­as, en la oración y compensando con obras de caridad lo que podía faltarle a la perfección de una persona comprometida en el matrimonio y en el mundo».¹

Ferverosa devota de San Ambrosio, Alice falleció en la fiesta de este doctor de la Iglesia del año 1110, tras recibir el viático y la Unción de los Enfermos. Poco antes de expirar, pidió a los circunstantes que rezaran la letanía de todos los santos. Mientras recitaban la jaculatoria «Por tu cruz y tu pasión. Libranos, Señor», se levantó, hizo la señal de la cruz con profunda reverencia, elevó los brazos al cielo y se acostó serenamente, entregando su alma a Dios.

Se dice que, de todos los hijos, el que más sintió la muerte de su madre fue el joven Bernardo, por entonces con 19 años. Atenta a la voz de la gracia, Alice comprendió que él había sido especialmente llamado por la Providencia y puso particular atención en su formación.

Los frutos de ese auténtico cariño materno pronto despuntaron de manera excelente: a los 21 años, Bernardo decidió hacerse monje cisterciense, rama reformada de los benedictinos, incipiente y sin proyección a los ojos del mundo. Muchos familiares, incluso su hermana, se quedaron desconcertados con su decisión; sin embargo, eso no constituyó el menor obstáculo para él. Si tal era la voluntad de Dios, nada lo haría volver atrás.

Y Bernardo no iría solo: habiendo incentivado uno a uno de sus hermanos a entregarse a Dios por comple-



Reproducción

Familia de la Beata Humbelina - Iglesia de Santa Úrsula, Montbard (Francia). En la página anterior, Beata Humbelina, por Adrien Richard - Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, Orgelet (Francia)

Alice de Montbard echó los cimientos de la santidad de sus hijos inculcándoles, sobre todo, una gran generosidad para con Dios

to, todos lo siguieron. Su propio padre terminaría sus días como hermano lego en la comunidad de Claraval.

La última en abandonar el mundo para abrazar las vías de la perfección fue Humbelina, completando así la «corona de siete estrellas celestiales que la madre de San Bernardo porta en el Reino de los Cielos».²

Dama de carácter fogoso, modelado en la virtud

Humbelina poseía un carácter fogoso, que sus progenitores supieron

modelar en el santo temor de Dios. Se cuenta que cabalgaba con destreza y que participaba en arriesgadas cacerías con su padre y hermanos. Atravesaba zarzas y espinos, y cuando se caía se levantaba con la agilidad y la despreocupación de un combatiente. Su hermosura reflejaba la pureza de su alma, en la cual brillaba la virtud fundamental para realzar toda cualidad o don: la humildad.

Como todos sus hermanos se habían hecho religiosos, las propiedades y fortuna de la familia se concentraron en las manos de la joven Humbelina. Poco después, se casó con Guy de Mar-

cy, sobrino del duque de Borgoña. Aun habiendo asumido la vida matrimonial con seriedad, pronto se dejó arrastrar por las vanidades del mundo, entregándose a diversiones y pasatiempos fútiles y procurando gozar al máximo del lujo y de las pompas que su condición le proporcionaba.

Una visita a Claraval

Cierto día, extrañando mucho a su amado hermano Bernardo, Humbelina fue a visitarlo al monasterio de Claraval, del cual era abad. Quien la recibió fue otro de sus hermanos, Andrés, que en la ocasión ejercía el oficio de portero. Al ver a su hermana engalanada de modo aparatoso, acompañada por un faustoso séquito, el joven religioso no pudo esconder su espanto y reprobación. Le pidió que esperara mientras iba a comunicarle al abad su visita.

Unos instantes después, Andrés regresó con un recado que hizo que Humbelina rompiera en llanto: Bernardo no la recibiría. Al comprender que el desprecio de su hermano se de-

bía a los excesos del lujo con el que se presentaba —signo de haber cedido a las ilusiones del demonio—, reconoció su deplorable estado espiritual y le insistió a Andrés: «Pecadora soy, pero por los pecadores murió Cristo. Porque soy mala, busco la compañía y el consejo de los buenos. Si mi hermano no estima su propia sangre, no desprecie ni desampare mi alma. Salga a verme, mándeme cuanto gustare, que dispuesta estoy a ejecutar cuanto quisiere de mí».³

El santo abad, al enterarse de la buena reacción de Humbelina, se llenó de compasión y mandó que llamaran a los demás hermanos para verla. Con la firmeza y dulzura que le eran propias, el Doctor Melifluo le recordó el ejemplo de su virtuosa madre, persuadiéndola de que la santidad no era incompatible con el matrimonio. Y la exhortó: «¿Es posible que tu sola, entre tantos hermanos como tienes, has de ser esclava de tu cuerpo, mientras ellos atienden sólo a la salud de su alma? ¿Tantos suspirando por el Cielo y tu sola sepultada en la tierra? ¿Tantos pensando cada instante en la muerte y tu como si hubieras de permanecer para siempre en el mundo? ¿Pues qué? ¿Ha de prevale-

cer tu dictamen y sólo te has de gloriar en la podredumbre, que ha de servir de pasto a los gusanos, y has de vivir para siempre olvidada del bien y utilidad de tu alma? ¿Con qué has de resarcir en la otra vida esos perecederos deleites, esa momentánea gloria y tanto gasto superfluo?».⁴

Conversaron largamente... Humbelina se sintió bañada como por un agua fresca y perfumada. Comprendió que sólo en Dios se encuentra la verdadera felicidad y que todas las riquezas de la tierra jamás saciarían su sed de lo infinito.

Cuando la suntuosa comitiva se marchó de Claraval, Humbelina había tomado una importante decisión.

San Bernardo indagó: «¿Sólo te has de gloriar en la podredumbre que ha de servir de pasto a los gusanos, olvidada del bien de tu alma?»

Cambio repentino y completo

De vuelta al castillo de Fontaines, Humbelina comenzó una nueva vida: abandonó todos los excesos de lujo y empezó una rutina impregnada de austeridades, con mortificaciones y largos períodos dedicados a la oración.

Al cabo de dos años, le pidió a su esposo permiso para retirarse a un convento, pues sentía claramente la voz de la gracia llamándola a una vida de total renuncia a todo lo que es terreno, de holocausto continuo en alabanza a Dios. Aunque no tenía hijos, no le fue fácil a Guy dar su consentimiento. Únicamente después de haberlo ponderado bien y certificarse de que esa era la voluntad de Dios, accedió, y enseguida sintió profunda alegría de alma.

Tras resolver la cuestión matrimonial según la disciplina de la Santa Iglesia, ingresó finalmente en el convento benedictino de Jully-sur-Sarce, del que Isabel de Forez, su cuñada, era abadesa.

Humbelina avanzó a pasos agigantados en el camino de la santidad, mostrándose ejemplar en la obediencia, radical en las austeridades, humilde en todo momento. Realizaba con sencillez los trabajos más bajos, deseando



Encuentro de San Bernardo con su hermana Humbelina en la abadía de Claraval, por Andreas Meinrad von Ow - Monasterio del Bosque, Sigmaringa (Alemania)

expiar así la vida mundana que había llevado. Pasaba muchas noches en continua oración, meditando la dolorosa Pasión del Señor.

Se sorprendió al ser elegida priora del convento por unanimidad, cuando Isabel fue enviada a dirigir una nueva casa. En ese cargo, supo transmitir la fortaleza y la dulzura de su Esposo, Jesucristo, hasta el punto de que algunos la calificaron como la versión femenina del gran abad de Claraval.

Alegre incluso en la muerte

La alegría de los santos trasparece incluso en la muerte. Al cumplir los 50 años, de los cuales dieciséis transcurrieron en la vida religiosa y cerca de once como abadesa, Humbelina sintió que las fuerzas empezaron a faltarle. Al ser informado del delicado estado de salud de su hermana, ya obligada a guardar cama, San Bernardo se dirigió a Jully-sur-Sarce en compañía de Andrés y Nivardo.

Estar con Bernardo era el mayor anhelo de Humbelina; bastó oír su voz para que recobrará el aliento e iniciara una agradable conversación con sus tres hermanos. Declaró lo muy feliz que era al haber seguido los consejos de Bernardo, diciéndole: «La vida; la mejor, que es la de mi alma, se la debo a tu persuasión y doctrina; ahora es tiempo de que tú la prosigas, para librarme, como espero, de las penas eternas».⁵

Después de una breve convivencia, en la cual se mostraba contenta y animada, sus hermanos decidieron dejarla y recogerse en la hospedería del convento. No obstante, pocos instantes después, un ángel se le apareció al confesor de Humbelina, que



San Bernardo asiste a la muerte de su hermana Humbelina - Iglesia de San Leodegario, Gigny (Francia)

Humbelina avanzó ampliamente en el camino de la santidad, tomando para sí un lema enviado por su hermano: «Amar es servir»

también se encontraba allí, y le advirtió de que ella estaba a punto de expirar. Luego, las tablas del suelo empezaron a crujir sin que nadie las tocara y, habiendo acudido para ver qué estaba pasando, el sacerdote les avisó de la inminente muerte de la abadesa.

Concurrieron entonces junto a su lecho y ella, sonriente, fue saludando uno a uno de los que llegaban, hasta el momento en que exclamó el salmo:

«*Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*»

(121, 1).⁶ Su rostro se encontraba iluminado por un brillo celestial. Después de unos instantes, fijó la mirada en el cielo y con inefable serenidad entregó su alma a Dios. Era el 21 de agosto de 1141.

Según narran algunos, su cuerpo exhalaba una fuerte fragancia que confortaba a todos los circunstantes, y su bello rostro daba idea de que no había pasado por ninguna enfermedad.

«Amar es servir»

Si quisiéramos sintetizar la vida de la Beata Humbelina en tres palabras, bastaría remontarnos al lema que ella misma tomó para sí: «Amar es servir». Cuentan que tal frase se la envió San Bernardo, escrita en un pequeño pergamino, como respuesta a una carta en la cual su hermana se quejaba de la cantidad de quehaceres que le habían encargado y casi no le quedaba tiempo para la meditación.

Ella consideraba esas tres palabras tan valiosas como un extenso tratado, porque le indicaban el ideal para el cual vivía, el motivo por el cual debería siempre dar de sí misma, resistiendo al cansancio sin desfallecer, sintiéndose irritada sin demostrarlo y continuar deseando la soledad sin tener jamás un momento para sí.

Como bien expresó cierto autor, esta frase hacía sonar en el corazón de nuestra santa la voz de su querido hermano Bernardo, como repitiéndole constantemente: «Humbelina, nuestro Amado es un amante celoso que no tolera regateos en el sacrificio. Trabaja por Él hasta morir, ¡y hazlo sonriendo!».⁷ ✧

¹ D'HÉRICHAULT, Charles. *Les mères des Saints*. 2.^a ed. Paris: Gaume et C^e, 1985, pp. 124-125.

² Ídem, p. 134.

³ MUÑIZ, O. Cist, Roberto. *Médula histórica cisterciense*. Valladolid: Imprenta de la Viuda de D. Tomás de Santander, 1785, v. IV, p. 4.

⁴ Ídem, p. 5.

⁵ Ídem, pp. 8-9.

⁶ Del latín: «¿Qué alegría cuando me dijeron: “Vamos a la casa del Señor”!».

⁷ RAYMOND, OCSO, M. *La familia que alcanzó a Cristo*. Barcelona: Herder, 2003, p. 231.

¿Un barco sin capitán?

El pasado nos ofrece ejemplos del fracaso de quienes prefirieron contar con sus propias fuerzas que confiar en el auxilio de un buen general. Conozcamos uno de ellos, ocurrido en el período de las grandes navegaciones.



Francisco Javier Ottati Aray

Nadie ignora que el descubrimiento de América tuvo un profundo impacto en la Historia de la humanidad. Aunque el fin deseado cuando comenzaron las grandes navegaciones fuese muy distinto de aquel que de hecho se logró —ya que el objetivo original era cruzar el océano Atlántico para llegar a la India—, tal empresa siguió revelándose extremadamente osada, teniendo en cuenta los rudimentarios recursos de esa época.

Para que se pudiera llevar a cabo semejante reto, era imprescindible la participación de hombres valerosos e intrépidos, dispuestos a entregarse por completo a un ideal, aun a costa de sus vidas. En una palabra, aquellas expe-

diciones exigían héroes. Sin embargo, tampoco se habrían realizado sin el concurso de otro factor: la cohesión, fuerza misteriosa capaz de transformar elementos dispares en un cuerpo compacto e indestructible, siempre y cuando luchen por un interés superior.

En este sentido, la historia de las navegaciones narra numerosos episodios de triunfo y de gloria de tropas que alcanzaron el éxito, porque reconocieron la necesidad de tener un líder que las aglutinara en función de un ideal y las guiara.

No obstante, el pasado nos ofrece igualmente el ejemplo contrario del fracaso de quienes prefirieron contar con sus propias fuerzas a confiar en la victoria bajo las órdenes de un jefe. De sucesos como estos también debe-

mos valernos, a fin de evitar el «naufragio» de nuestra embarcación. Consideremos uno de ellos, que ocurrió pocos años después de la llegada de los descubridores a América.

La tripulación de Alonso de Ojeda

Al frente de un grupo de españoles, en el continente recién descubierto, se hallaba Alonso de Ojeda, un militar de Cuenca, veterano de la guerra de Granada, que había llegado a América en el segundo viaje de Cristóbal Colón. «Un tipo templado, audaz, duro, pequeño de cuerpo pero grande en coraje y también en inteligencia».¹

En 1510, el valeroso capitán desembarcó con sus soldados en una playa caribeña, donde emplazaría un fuerte, al que llamó San Sebastián. Una vez establecido el asentamiento, pronto se vieron acosados por los constantes ataques de los nativos, cuyas flechas envenenadas atravesaban cualquier coraza; y para colmo, escaseaban los víveres. Mientras trataban de sobrevivir con los pocos frutos que les ofrecía el lugar, uno de los vigías divisó un barco en lontananza.

El entusiasmo fue general. Ojeda les expuso a sus hombres el plan de marchar él mismo en aquel barco, para conseguir refuerzos y provisiones. Los soldados no dudaron ante la propuesta del capitán, pues confiaban plenamente en su valentía y gran habilidad.

Sin embargo, también hacía falta salvaguardar el nuevo fuerte. Las tro-



Reproducción

Las grandes navegaciones tuvieron glorias y triunfos porque los hombres que las vivieron reconocieron la necesidad de tener un líder

Representación de las naos de Cristóbal Colón

pas debían quedarse en San Sebastián, bajo el mando de un veterano de guerra, duro, sin mucha instrucción, pero aventurero y bastante emprendedor, cuyo nombre era Francisco Pizarro, el futuro conquistador de Perú. Si a los cincuenta días el capitán no regresaba, tendrían que abandonar la plaza.

Cuál no debió ser la estupefacción del esperanzado Ojeda cuando, a poco de emprender el viaje, se enteró de que los marineros de aquella nave eran nada más y nada menos que los primeros piratas del Nuevo Mundo, bajo el mando de un tal Bernardino de Talavera.²

Navegando en los mares del Caribe

Alonso de Ojeda no se dejó abatir. Aprovechando su condición de oficial experimentado y conocedor de aquellos mares, se declaró enseguida el único jefe del navío. Los bandidos lo aceptaron al principio, pero después de unos días de trayecto en el inmenso desierto de las aguas americanas, estando lejos del fuerte y viendo la facilidad con la que gobernaba la embarcación, creyeron poder hacer lo mismo. Entonces decidieron usurpar el mando y atar con cadenas al desafortunado militar español en la prisión del barco.

Ahora bien, a los cuatro días del amotinamiento, los marineros —que nada sabían de los mares del Caribe— empezaron a encontrar mucha dificultad en la navegación, sobre todo cuando fueron sorprendidos por una terrible tempestad. Sin saber qué hacer en ese momento trágico, arriaron todas las velas, quedándose a merced de la tormenta; la embarcación empezó a sufrir varios daños... La situación provocó inevitablemente la liberación de Ojeda, ya que era el único capaz de salvar a la tripulación.

Al haber permanecido cuatro noches en la oscuridad de la bodega de la nave, al capitán le pareció que despertaba de una pesadilla y reasumió el mando, logrando así llegar a Cuba,



Es indispensable una autoridad que guíe a los hombres a la plena felicidad

Alonso de Ojeda, por Ignacio Castillo Cervantes - Academia Colombiana de Historia, Bogotá

la isla más cercana. No obstante, conforme se iban acercando a la playa, una gran aflicción asaltó a los tripulantes: el barco, casi deshecho a causa de la tremenda borrasca, comenzó a resquebrajarse. Gracias a Dios, se encontraban lindando con la orilla y a duras penas consiguieron salvarse de los azotes del mar.

En Cuba, nuevos peligros

Ya en tierra firme, la historia se repitió otra vez: los piratas se rebelaron contra Ojeda y le quitaron todas sus armas, pues pensaban que asumirían fácilmente el gobierno de aquel territorio.

Nueva insensatez, fruto de la pretensión de aquellos hombres sin ley, que enseguida se vio deshecha ante los flechazos recibidos de los nativos, tan pronto como se habían adentrado unos metros en el interior de la isla. A la vista del peligro, los piratas prefirieron acudir una vez más al auxilio del capitán, aunque esto los pusiera en riesgo de ser castigados más tarde por sus crímenes con la pena capital.

Ojeda tuvo que internarse en un pantano con su improvisada tropa. El trayecto duró una semana, duran-

te la cual estuvieron continuamente mojados e infestados por miles y miles de mosquitos. Todos los días moría alguno; tan sólo sobrevivieron treinta y cinco hombres de los setenta y seis que habían embarcado en San Sebastián.

Finalmente llegaron a una aldea india, cuyo pacífico cacique los ayudó a dirigirse hasta Jamaica. Allí todos los participantes del motín fueron ejecutados por orden del virrey.

Necesidad de una autoridad

Lo ocurrido con Alonso de Ojeda es muy similar a lo que puede suceder en la sociedad. Santo Tomás de Aquino³ afirma que, así como una embarcación necesita un experimentado timonel que sepa conducir la nave a su destino, entre los hombres se hace igualmente indispensable la presencia de una autoridad que los guíe en dirección al puerto de la plena felicidad.

Construir una sociedad fundamentada en la autogestión es una meta utópica. ¿Podría haber orden y leyes en un conjunto desprovisto de gobernantes? Y sin orden, ¿es posible llegar a alguna parte?

Tal vez sí. Sin embargo, el puerto hacia el cual se dirige el igualitarismo total no es la felicidad, sino el fracaso, la miseria... y el naufragio. ✧

¹ ESPARZA, José Javier. *La cruzada del océano. La gran aventura de la conquista de América*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2015, p. 75.

² Cf. Ídem, p. 148. Según otra versión, los piratas se habrían declarado como tales al desembarcar en San Sebastián, revelando que hacia allí se dirigieron con vistas a venderles a los españoles algunos víveres robados (cf. CARDONA CASTRO, Francisco Luis Cardona [Dir.]. *Pizarro*. Madrid: Edimat Libros, 2003, pp. 62-63). De ser así, habría que admitir que un militar experimentado como Ojeda hubiera cometido la temeridad de embarcar él solo en un barco de bandidos.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Del gobierno de los príncipes*. L. I, c. 1.

Una señora de épocas mejores

La llamada mentalidad «moderna», cuyos postreros y amargos frutos aún degustamos en nuestros días, Dña. Lucilia la rechazó con seriedad y firmeza. Aceptarla constituía, a su entender, el abandono de un camino que jamás debería dejar.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Al acabar la guerra en 1918 comienza el período que los historiadores denominan *entre-deux-guerres*.¹ Los armónicos acordes del vals son sustituidos por los estridentes y cacofónicos sonidos del *jazz*; los sobrios y graves carruajes tirados por caballos son suplantados definitivamente por el automóvil, que imprime un nuevo ritmo a la existencia; y las mujeres, hasta entonces reinas del hogar, dan los primeros pasos hacia la igualdad de sexos. Casi de golpe, las faldas suben de los tobillos a las rodillas, liberando los andares de los vestidos largos y bellos de otrora; se iniciaba así un caminar decidido cuyo término final era —todos lo sentían— el impudor.

El cabello natural, largo, de las mujeres, cuidadosamente peinado, como corona que honra su dignidad, es cortado en nombre de la moda y el pragmatismo: era el estilo llamado *à la garçonne*.² El colorete y la barra de labios, que la dama celosa de su honor nunca usaría, irrumpen en las costumbres, hasta entonces recatadas. Las ri-

sas, que antes ocupaban un papel discreto en la vida, pasaron a ser consideradas un símbolo necesario de felicidad —idea ampliamente difundida por el cine de Hollywood—, relegando a un segundo plano, en las reuniones sociales, a todos los que no sabían contar chistes y no tenían el pseudocarisma de provocar una constante hilaridad.

Era inherente a ese nuevo modo de ser el desenfrenado deseo de ganar dinero, mucho dinero. Dios, moral, reflexión, tradiciones, refinamiento, buen gusto, educación, eran mitos del pasado y debían ser abandonados, pues lo importante era vivir «bien» el momento presente.

Doña Lucilia, siempre conforme a su proceder cortés y afable, pero al mismo tiempo serio y firme, rechazaba esa nueva mentalidad, calificada de «moderna», cuyos postreros y amargos frutos aún degustamos en nuestros días. Aceptarla constituiría, a su entender, el abandono de un camino que jamás cabría dejar. Para ella, la religión no se limitaba a la observancia de los sagrados preceptos de la ley de



Doña Lucilia en París, en 1912

Reproducción

Para Dña. Lucilia, la práctica de la religión incluía el deber de modelar su día a día según los dictámenes del Sagrado Corazón de Jesús

Dios y a la práctica de piadosas devociones, desligadas del buen orden temporal. Incluía, además, una concepción de la vida modelada según las revelaciones y los dictámenes del Sagrado Corazón de Jesús, que deberían abarcar todos los aspectos de la acti-

vidad humana. Y con arreglo a dicha concepción, procuraba primorosamente configurar su día a día, el gobierno de su casa, la educación de sus hijos y hasta su vida social.

Un pequeño y conmovedor episodio ilustrará con nitidez la resistencia que había estado oponiendo al espíritu «moderno».

Doña Lucilia rechaza la nueva moda

Durante un almuerzo del que participaban amigos y parientes, todos intentaban convencerla de que se cortara el cabello *à la garçonne* y se maquillara, pues era la única persona de aquella rueda social que no había adherido a la nueva moda. Tal vez su mansa pero inquebrantable persistencia en la fidelidad a las antiguas costumbres redundara en cierta fricción moral con sus más allegados.

Mientras pudo, durante la conversación, Dña. Lucilia fue esquivando hábilmente el problema, para no mostrarse desagradable a los visitantes; sin embargo, éstos proseguían con su incómoda insistencia. En determinado momento, al notar que las presiones iban más allá del límite tolerable, en un asunto que sólo le concernía a ella, reaccionó, como tantas veces había hecho, guardando un expresivo silencio.

Sentado a su lado, Plinio, por entonces con 12 años aproximadamente, que poseía un natural locuaz y asertivo, presenciaba callado toda la conversación; a los menores no les estaba permitido hablar en la mesa. Encantado con su madre y viendo cómo en ella su aspecto exterior se adecuaba completamente a su noble interior de alma, decidió intervenir para sustentar su buena posición al percibir que ella había optado por el silencio. Apartó su silla y, afligido, se arrodilló ante Dña. Lucilia implorándole cariñosamente:

—Mamá, ¿me vas a prometer que mientras vivas no te cortarás el pelo ni usarás pintalabios?

Enternecida con la actitud de su hijo, se volvió hacia los presentes y, como en broma, concluyó suave y amablemente la discusión:

—¿Lo ven? Plinio no quiere que me corte el pelo. Así que no me lo voy a cortar...

Un silencio general se apoderó de la sala. Y nunca más ni sus familiares ni amigas mencionaron el asunto hasta el final de los largos días de Dña. Lucilia.

Cuando, por última vez, sus hijos la vieron yacente en el ataúd, allí estaba ella con sus venerables cabellos plateados y con sus labios, cerrados para siempre, exentos de carmín. Murió atendiendo la petición que su hijo, cuando todavía era un niño, con una gran aflicción en el alma, le había hecho de rodillas.

Con el pretexto de los tranvías, se acortan las faldas

En relación con el traje femenino, Dña. Lucilia notó la primera señal de decadencia moral no mucho después de que se generalizara el uso del tranvía eléctrico como principal medio de transporte urbano.

Había asistido a la inauguración de la primera línea en São Paulo, en 1900. Años después, les contaría a sus hijos que la euforia de la población era tan grande, por el hecho de poder viajar en un vehículo movido por electricidad —a lo cual se le sumaba que fuera gratuito el primer día—, que las personas iban incluso encima del techo.

Tal euforia sirvió de ocasión para una grave y profunda modificación en la moda femenina. Doña Lucilia comentaba que las mujeres, al usar faldas que les llegaban a los tobillos, tenían cierta dificultad para bajarse del tranvía, pues un traje tan largo las hacía tropezar en los peldaños. Por ésta y otras razones, los vestidos fueron acortándose, con el transcurso de los años, hasta alcanzar las rodillas. En cada acortamiento, Dña. Lucilia veía que el peligro aumentaba.

El «estouro da boiada»

¿Quién no habrá experimentado un sentimiento de respeto y veneración al entrar en el Coliseo romano, pensando en la inmolación de los miles de mártires que fueron devorados allí por las fieras, tras negarse a quemar incienso a los ídolos?

No menos, y ciertamente más sutil, ha de ser el heroísmo de aquel que quiera mantener la integridad de los principios enseñados por la San-



Reproducción

Plinio aproximadamente en 1920

Al asistir a toda la conversación, Plinio, con aproximadamente 12 años, decidió intervenir para sustentar la buena posición de su madre

ta Iglesia, en una sociedad que camina en una dirección opuesta a la verdad y al bien. Por pánico a los efectos de esta separación, en relación con el propio ambiente, millones de personas ceden y espiritualmente perecen.

Ante la avasalladora ola forjada en Hollywood, la actitud de Dña. Lucilia fue la de enfrentar con serenidad todo lo que atentaba a sus convicciones católicas.

En el futuro contaría, de modo discreto, aunque manifestando toda su censura, un escándalo ocurrido por aquel entonces en São Paulo. El hecho sucedió entre familias acomodadas y, por tanto, de mucho realce en la sociedad.

Un hombre dejó a su esposa y se fue a vivir con una mujer que también había abandonado a su cónyuge, pasando a estar ambos en un régimen de concubinato doblemente adúltero. Para darle un aire de legitimidad a su pésimo proceder, se fueron a Uruguay y a la vuelta hicieron constar que se habían casado por lo civil. Amigas y conocidas oyeron, de la propia concubina, que aquella unión era verdaderamente un «casamiento», lo que redundaba en equiparar el concubinato al matrimonio. Manifestando en su fisonomía toda la censura que ese hecho le causa-

ba, Dña. Lucilia, al narrar el episodio, añadía que aún quedaban en esa época un resto de moral, razón por la cual lo sucedido provocó en todos una actitud de repudio.

Pero un día, una pariente de Dña. Lucilia fue de compras a la Casa Mappin —establecimiento que en aquel tiempo sólo vendía artículos muy finos, con lo cual era frecuentado por la mejor sociedad— y presencié una escena insólita. De repente, oyó un alboroto y enseguida se encontró con dos mujeres peleándose a bofetadas y puntapiés. Eran la esposa legítima y la concubina antes mencionadas.

Al ser conocida por ambas, la referida señora prefirió retirarse rápidamente del lugar, recelando verse en-

A medida que la nueva mentalidad se difundía, los que permanecían fieles a las tradiciones iban siendo puestos de lado

vuelta en aquella riña indecente, lo que no deseaba por ningún precio. Ese día comía en casa de los Ribeiro dos Santos y contó el hecho, que provocó vivos comentarios en la mesa. Doña Lucilia lo escuchó todo en silencio. Sin embargo, cuando empezó a decirse que el concubinato era un absurdo, pero que las mujeres debían soportar con más paciencia las desvergüenzas de sus maridos, ella suspiró profundamente y dijo:

— ¡Soportar, soportar! No esperen demasiado... Los hombres se desmandaron tanto que han dejado a las mujeres en una situación que ya no lo soportan. Y, a parte de las pésimas costumbres de los maridos, el cine y la literatura inmorales hacen que ellas se estén volviendo tan malas como ellos. Este hecho demuestra que está comenzando el «estouro da boiada»³...

Era una juiciosa observación, una previsión muy bien hecha; pero las palabras de Dña. Lucilia fueron acogidas por algunos a carcajadas, no porque encontrasen ridículo lo que decía, sino porque les hacía gracia la expresión «estouro da boiada». No entendieron el fondo del pensamiento, que el transcurso de las décadas no hizo sino confirmar. Hoy en día el divorcio se ha generalizado y el concubinato, también: «a boiada» se desbandó.

Fotos: Reproducción



A la izquierda, damas de la aristocracia paulista participan en una fiesta, en tiempo de la infancia de Plinio; a la derecha, militares estadounidenses fotografiados durante la cena de Acción de Gracias, en 1918

Modestia, placidez y esmero

Enteramente segura de sí misma, Dña. Lucilia no seguía el frenesí, las aflicciones, el espíritu competitivo y los sobresaltos tan comunes entre las señoras y las jóvenes de su tiempo, que se dejaban influir por la ola hollywoodense.

Lo que quedaba de pomposo en el modo de vida de entonces aún exigía la comparecencia a los bailes con elegantes y distinguidos trajes, inspirados por lo general en modelos franceses. Las revistas de París, a las que estaban suscritas las señoras de la alta sociedad paulista, traían fotografías de los más recientes y finos artículos de tocador femeninos: cuál debía ser el color de la seda del vestido que hiciera juego con cierto peinado; cómo debía ser la combinación del sombrero con los zapatos y el bolso; qué joyas eran más adecuadas con determinado traje; todo era meticulosamente analizado y discutido por las lectoras, teniendo en vista las reuniones sociales. Con frecuencia, las señoras encargaban sus proyectos a una gran casa especializada, *La Saison*, muy bien decorada al gusto francés. La propietaria, *madame* Françoise, brasileñamente llamada doña Francisquita, o sus auxiliares, solían ir a casa de sus clientes para llevarles muestras de tejidos, tomarles las medidas y hacerles las pruebas.

Doña Lucilia, sin escapar a esa regla, se esmeraba igualmente en componer y diseñar sus vestidos, comprar el tejido y exigir la perfecta confección de sus trajes. Participaba también de las animadas conversaciones sobre tales temas, aunque nunca se dejaba llevar por la agitación suscitada por el asunto.

Cuando llegaba el día de alguna fiesta, aparecía una ardiente expectativa entre la mayor parte de las señoras. Doña Lucilia se arreglaba con tanto esmero como las otras. Segura



Doña Lucilia
un mes antes de su muerte,
con 91 años

Doña Lucilia se mantuvo fiel a la antigua placidez paulista, en medio de un mundo que adhería cada vez más a la agitación moderna

de su buen gusto, pero sin la menor pretensión, denotaba aquella tranquilidad y serenidad que nunca la abandonaban.

Al afirmarse de este modo, se mantenía fiel a la antigua placidez paulista, en medio de un mundo que iba adheriendo cada vez más a la agitación de la vida moderna.

Fidelidad, incluso al precio del aislamiento

Su admirable coherencia le costó, no obstante, un terrible tributo, que soportó con la firme resigna-

ción propia de un alma católica: el aislamiento.

A medida que la nueva mentalidad se difundía por todas partes, los que permanecían fieles a las tradiciones y al modo de ser del pasado iban siendo puestos de lado, cayendo sobre ellos la dura prueba del ostracismo. Sus conversaciones, otrora apreciadas como atrayentes, ya no interesaban más. Sus actitudes ceremoniosas no correspondían con los padrones considerados modernos. Sólo lo gracioso, lo excitante, lo espontáneo tenían derecho de ciudadanía.

Cuando esos vientos de cambio soplaban más fuertes, Dña. Lucilia veía cómo sus hijos llegaban a la adolescencia, una etapa muy delicada en la vida de una persona, en la cual todo puede ganarse o perderse. Para Roseé, con 12 años ya, todavía existía la ventaja de ser educada en el ambiente doméstico. En cuanto a Plinio, por el contrario, se aproximaba inevitablemente el día en que tendría que frecuentar algún colegio. Habiendo recibido una elevada educación, era necesario que enfrentase ahora la lucha contra el respeto humano. El auxilio del Cielo nunca le faltaría, ni las fervorosas oraciones de su madre.

No obstante, ¡cuántas aprensiones sufrió el corazón de Dña. Lucilia! ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
Doña Lucilia. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 226-232.

¹ Período comprendido entre la Primera y la Segunda Guerras Mundiales.

² Expresión francesa aplicada al tipo de corte de pelo a la manera de un muchacho.

³ Literalmente: «la estampida del ganado». Expresión coloquial brasileña que indica que las cosas se han salido violentamente de su cauce. (*N. del T.*)



Fotos: Eric Salas



España – Como ya viene siendo tradición, miembros y cooperadores de los Heraldos oriundos de distintas ciudades del país se reunieron el 18 de diciembre en Zaragoza para agradecerle a la Virgen del Pilar, con una Misa y ofrenda floral, la maternal protección recibida a lo largo del año.

Fotos: Mathias Álvarez



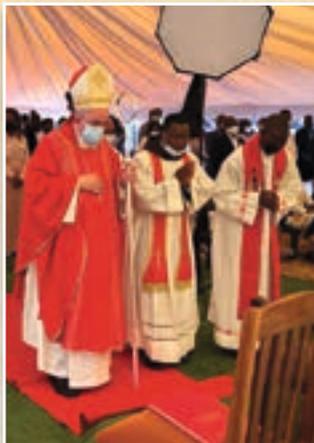
Paraguay – El 21 de noviembre hubo una solemne ceremonia de consagración a María Santísima en la iglesia de Nuestra Señora del Buen Consejo, de Ypacaraí (izquierda). Y durante el período de Adviento se realizaron conciertos navideños en concurridos espacios públicos, como el centro comercial Paseo La Galería, de Asunción (derecha).

David Bedoya



Alejandro Quirola

Colombia – Miembros de la Escuela de Carabineros participaron en una Eucaristía celebrada en la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Tocancipá (izquierda). En este mismo municipio, más de 400 trabajadores acompañaron a la imagen peregrina durante su visita a las instalaciones de una conocida empresa floricultora (derecha).



Fotos: Edito Agostinho Mapanga

Mozambique – Más de 150 fieles recibieron el sacramento de la Confirmación en la Comunidad San José, de Matola, durante sendas ceremonias presididas, los días 18 y 19 de diciembre, por el nuncio apostólico, Mons. Piergiorgio Bertoldi (izquierda), y por el arzobispo de Maputo, Mons. Francisco Chimoio, OFMCap (centro y derecha).



Fotos: Nuno Moura

Portugal – Los días 4 y 5 de diciembre, se celebraron Eucaristías en homenaje al Niño Jesús en las iglesias de Santiago, de Braganza (izquierda), y de San Francisco, de Guimarães (centro y derecha). La primera fue presidida por Mons. José Manuel García Cordeiro (izquierda), recientemente nombrado arzobispo primado.



Fotos: Juan Carlos Villagómez

México – Con ocasión de la solemnidad de la Inmaculada Concepción, cerca de un centenar de personas se consagraron a María Santísima en la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, de Zacamulpa (izquierda). Días después, otro grupo de fieles renovó su consagración durante una solemne adoración eucarística realizada en la catedral metropolitana (derecha).



Fotos: Reproducción

Brasilia – Alumnos del Colégio Arautos do Evangelho, de Cotia, viajaron a la capital del país para participar en una cantata navideña organizada por el presidente de la República en el palacio de la Alvorada (izquierda) y solemnizar la Misa de Navidad celebrada por el nuncio apostólico, Mons. Giambattista Diquattro, en el Supremo Tribunal de Justicia (derecha).



Fotos: Felipe Cedraz

Salvador de Bahía – Para conmemorar el Día del Marinero, el comando del 2.º Distrito Naval de la Marina Brasileña promovió la celebración de una Misa en la basílica de Nuestra Señora de la Concepción de la Playa. Fue presidida por Mons. Dorival Souza Barreto Júnior, obispo auxiliar de Salvador. Miembros de los Heraldos del Evangelio auxiliaron en el ceremonial.



Fotos: João Paulo Rodrigues

Cuiabá – La Misa y ceremonia en honor de Nuestra Señora de Fátima realizadas el 4 de diciembre en la catedral metropolitana, con ocasión de la comunión reparadora del primer sábado de mes (izquierda), fueron seguidas por una concurrenada presentación de cantos en honor del Niño Jesús (derecha).



Fotos: João Paulo Rodrigues

Brasil – Durante las vacaciones, estudiantes del Colégio Arautos do Evangelho, de Mairiporã, homenajearon al divino Infante con presentaciones musicales en diversas ciudades de los estados de Paraná, Santa Catarina, São Paulo y Río de Janeiro. En las fotos, conciertos realizados en la casa de los Heraldos de Joinville (izquierda) y en la catedral de Itapetininga (derecha).



Leandro Souza

Fortaleza – El 27 de noviembre, 180 personas se consagraron a Jesús por medio de María durante una solemne Misa celebrada en la catedral metropolitana por el P. Lourenço Ferronato, EP. El curso preparatorio, de varias semanas de duración, constó de clases por internet y presenciales.



Antônio José Aki



Mariana Quimas

Nova Friburgo – Entre las numerosas actividades desarrolladas en el mes de diciembre por la rama femenina de esa ciudad fluminense, destacan la cantata navideña realizada en la plaza Governador Portela, de Duas Barras (izquierda), y la visita al Núcleo de Atención a la Tercera Edad, de Cordeiro, llevando una imagen del Niño Jesús (derecha).



Más de mil actos antirreligiosos en Francia en 2021

Según el ministro francés de Interior, Gérald Darmanin, en los meses de enero a octubre de 2021 se registraron cerca de 1400 actos antirreligiosos en su país, desde insultos hasta vandalismo. Pese a que hubo un declive comparándolo con el año 2019, los números aún son elevados, sobre todo con relación al cristianismo, contra el cual se cometieron 686 ataques.

Y la violencia continúa. El 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Concepción, algunos fieles que participaban en una procesión entre dos iglesias, en la ciudad de Nanterre, fueron agredidos y amenazados por varias personas. El ministro recomendó a la diócesis que denuncie lo ocurrido, declarando que amenazas de muerte son completamente inaceptables.



Imagen de la Virgen con el Niño permanece intacta tras el paso de un tornado

El mundo ha sido asolado por numerosas catástrofes naturales en los últimos meses y parece que Nuestra Señora ha querido manifestar su acción protectora en muchas de ellas, simbolizada a través de imágenes que

permanecieron intactas tras haber sucedido algún cataclismo.

Esta vez le pasó a una estatua de la Virgen con el Niño Jesús en brazos, localizada en el exterior de la iglesia de la Resurrección de la ciudad de Dawson Springs, en Kentucky (Estados Unidos). El templo fue destruido debido al paso de un tornado, pero la imagen quedó de pie, sufriendo tan sólo algunos desperfectos.

Entre los días 10 y 11 de diciembre de 2021 unos treinta y siete tornados azotaron varios Estados americanos, entre ellos Kentucky, que fue golpeado por al menos cuatro, dejando decenas de fallecidos, desaparecidos y miles de edificaciones perdidas.

Hallan en Magdala una sinagoga de los tiempos de Cristo

En 2009 fueron encontradas, en tierras de Santa María Magdalena, las ruinas de una sinagoga de los tiempos de Jesús. En diciembre de 2021, la Autoridad de Antigüedades de Israel dio a conocer el descubrimiento de otra sinagoga a tan sólo 160 metros de aquella, datada en el mismo período. Parece que ambas sufrieron los efectos de la guerra, sobre todo con ocasión de la destrucción de Jerusalén por los romanos, en el año 70 d. C.

La ciudad de Magdala se halla a los pies del monte Arbel, a orillas del mar de Galilea, camino natural de Nazaret a Cafarnaún, lo que lleva a creer, por los relatos bíblicos, que Jesús visitó esas sinagogas con sus discípulos.

Encontrado un anillo de la era romana con una efigie del Buen Pastor

La figura del Buen Pastor, una de las más remotas representaciones artísticas de Nuestro Señor Jesucristo, está asociada a menudo con las catacumbas romanas de los primeros años de la era cristiana. Sin embargo, ahora ha aparecido en un tesoro encontrado por buceadores de la Autoridad de Antigüedades de Israel (AAI) en la costa

mediterránea de este país, procedente de dos naufragios que tuvieron lugar cerca del antiguo puerto de Cesarea, uno de ellos en el siglo III.

Entre el material retirado de las aguas estaba un grueso anillo de oro de la era romana con una piedra verde en forma octogonal. En el centro de la joya se ve claramente la efigie de un joven pastor cargando una oveja a los hombros, características típicas de la mencionada representación del Redentor. La AAI ha reconocido que es un símbolo de salvación, así como de un testimonio de la fe en Jesucristo. El departamento numismático de la institución afirmó también que se trata de un hallazgo excepcional, el cual revela el crecimiento del cristianismo en el siglo III.



Reproducción

Odetinha es declarada Venerable

En noviembre fueron reconocidas las virtudes heroicas de Odette Vidal Cardoso —conocida cariñosamente como Odetinha—, que ahora recibe el título de Venerable, avanzando así un paso más en su proceso de canonización. Odetinha podría llegar a ser la primera santa carioca.

Nacida el 15 de septiembre de 1930, en Río de Janeiro, fue un lirio de inocencia y falleció con tan sólo 9 años, el 25 de noviembre de 1939, víctima de paratífus. Desde los 4 años tenía coloquios íntimos con Jesús Sacramento, por quien nutría enorme devoción, habiendo hecho la Primera Comunión el 15 de agosto de 1937, con 7 años.

El proceso de beatificación de Odetinha fue iniciado en enero de 2013 y desde entonces los restos mortales de la niña están expuestos a la devoción popular en la basílica de la



Publicada la biografía de Benedicto XVI en portugués

La Fundación Vaticana Joseph Ratzinger presentó a principios de diciembre una biografía del Papa emérito escrita por Peter Seewald, con el título: *Benedetto XVI. Una vita*.

Unos días más tarde, el 12 de diciembre, el recientemente

nombrado obispo auxiliar de Río de Janeiro, Mons. Antonio Luiz Catelan Ferreira, miembro de la Comisión Teológica Internacional y secretario de la Sociedad Ratzinger de Brasil, entregaba a Benedicto XVI un ejemplar de la obra en portugués.

Inmaculada Concepción, de la capital fluminense.

Estudiosos intentan recrear el sonido de las campanas medievales de la basílica de la Natividad

La música que se tocaba hace casi ochocientos años en el lugar donde Nuestro Señor Jesucristo nació, puede volver a resonar en nuestros días. Así lo esperan investigadores de universidades europeas que estudian las campanas medievales de la basílica de la Natividad, con el propósito de fundir copias totalmente funcionales.

David Catalunya, investigador de las universidades de Oxford y de Würzburg y director del proyecto, explica que en el siglo XIII, en vísperas

de la ocupación musulmana de Tierra Santa, los cruzados que se encontraban en la ciudad de Belén enterraron las trece campanas de bronce del templo para salvarlas de la destrucción.

Según el P. Stephane, liturgista de la Custodia Franciscana de Tierra Santa, las campanas fueron descubiertas a principios del siglo XX, junto con los 222 tubos de cobre del órgano medieval de la iglesia de Belén, durante una obra de reparación del edificio. Las campanas formaban parte de un carillón que acompañaba los cantos de los fieles en las celebraciones que allí se realizaban.

Asesinado un catequista católico en Mozambique

El día 15 de diciembre, mientras se dirigía con su esposa e hijos a una

plantación agrícola de la región de Cabo Delgado, al norte de Mozambique, Matías Buscam, un catequista católico, fue atacado por terroristas musulmanes, que lo degollaron cruelmente. Los asesinos, encima, obligaron a la esposa a que llevara la cabeza de su marido, para presentarla a las autoridades con el mensaje: «Nosotros aún estamos aquí».

El administrador apostólico de la diócesis de Pemba, Mons. Antonio Juliasse Ferreira Sandramo, manifestó una enorme preocupación por el aumento de ataques terroristas en su jurisdicción, afirmando que hay mucha inseguridad, a pesar de la presencia de militares extranjeros en la región. Desde octubre de 2017, más de 3000 personas han sido asesinadas en ataques armados.

Suscríbese gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG

Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano

¿Dónde voy a vivir?

Desolado, Manuelino buscó socorro ante una imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Nada le salía bien en su vida... Con las manos en el rostro, lloraba copiosamente, hasta que sintió que le tocaban el hombro.



Lorena Mello da Veiga Lima

Érase una vez un hombre pobre y afligido que se llamaba Manuelino. Vagaba de aquí para allá, muy preocupado. ¿Qué le causaba tanto desasosiego? El infeliz no tenía dónde vivir y andaba buscando una casa en la que residir.

El gran problema se hallaba en su falta de recursos; no tenía ni un centavo en su zarrapastoso y agujereado bolsillo. Si quería encontrar una solución para su vida, necesitaba agenciarse algún trabajo. Y no perdió el tiempo en hacerlo.

Deambulando por las calles se topó con un magnífico palacete y pensó: «Siendo un sitio tan grande, tal

vez precisen de un empleado para la limpieza».

¡Toc, toc, toc! —sonó la puerta.

—¿Quién es? —preguntó un criado.

—Buenas, he venido en busca de trabajo en esta casa —contestó Manuelino.

—Uhm... Espere, que voy a llamar al ama de llaves.

Unos minutos después aparece una elegante señora. Miró curiosa a Manuelino, aparentando buena disposición en atenderlo.

—¿Le puedo ayudar en algo?

Tras explicarle el aprieto por el que pasaba, oyó las siguientes palabras:

—¡Pobrecillo! Imagino el apuro en el que se encuentra. Cuento ya

con un buen número de sirvientes, pero acepto sus trabajos siempre que el mayordomo le asigne alguna tarea.

La gentil dama le invitó a entrar y se lo presentó al responsable. Éste, no obstante, tan bien tratado constantemente, se llenó de envidia por la bondad de la gobernanta para con el desafortunado. Disimulando su maldad, retrucó:

—Señora, aquí ya somos muchos. Sin embargo, conozco una casa que necesita empleados.

Anotó la dirección en un papel y se lo dio al visitante. La ama de llaves, más aliviada, le deseó buena suerte y le dejó que siguiera su camino. Pero los datos... ¡eran falsos! Lo condujeron a un barrio deshabitado, donde solamente había hierbajos... Manuelino entendió la artimaña y decidió no recurrir nuevamente a la amabilidad de aquella dama.

El desafortunado se fue a intentarlo en otra parte.

En el camino de vuelta se encontró con un club de hípica en cuyo frontispicio había un letrero que decía: «Se necesita personal». Se presentó enseguida y fue aceptado. Su oficio sería el de limpiar a los caballos, darles de comer y cuidar de ellos durante los paseos. Se hospedaría en una cabaña cerca de los animales.

Por la mañana temprano empezó con la limpieza solicitada y parecía



Ilustraciones: Giuliana D'Amaro

Por la mañana temprano todo parecía que le estaba yendo bastante bien; no obstante, cuando soltó a los caballos, se desbocaron

que se le estaba dando bastante bien. Aunque cuando soltó a los equinos, todos se desbocaron. La entrada al recinto estaba abierta y muchos salieron por allí, lo que le supuso un tremendo esfuerzo para recuperarlos. Siete horas tardó en meterlos en sus respectivas cuadras. El propietario, furioso, despidió a Manuelino sin pagarle ni un centavo.

El desafortunado se fue a intentarlo en otra parte.

Había una famosa tienda de cuadros cuyo dueño pintaba bellísimos paisajes por encargo. Como tenía tantos clientes, pasaba trabajando noche y día, y necesitaba que alguien le ayudara a entregar sus obras a los compradores.

El pobre hombre se puso a disposición para servir al artista, que lo aceptó de buen grado. Ambos compartirían techo y comerían a la misma mesa, a fin de que el ayudante estuviera en todo momento al lado de su patrón, listo para auxiliarlo.

Aún así, al final del primer mes se habían acumulado bastantes reclamaciones: los cuadros que recibía la gente no era lo encomendado. Manuelino, cansado por las madrugadas en claro, había confundido la mayoría de los destinatarios y cambiado las mercancías.

El pintor se apiadó del miserable, pero, consciente del dicho «mucho ayuda el que poco estorba», lo cesó enseguida.

Y el desafortunado se fue a intentarlo en otra parte.

Esta vez, Manuelino decidió encomendarse al auxilio celestial. Era un hombre humilde y muy esperanzado en la intervención divina. Mientras caminaba rezando pasó por delante de un monasterio y le vino el siguiente pensamiento: «¿Y si me hiciera religioso?».

Llamó a la puerta del majestuoso edificio y le contó al abad, con toda franqueza, el infortunio del que era objeto. El monje sintió pena de él. No podía aceptar a nadie sin vocación, pero, para ayudarlo, le permitió que viviera con ellos durante un tiempo.

Le encargó a uno de los frailes que lo instruyera acerca del reglamento de la comunidad. Manuelino, sin embargo, no encajaba en el silencio, ni en los horarios, ni en la disciplina monacal. Hablaba incluso en los momentos de mayor recogimiento. En una ocasión, se interesó por las campanas y empezó a tocarlas; los monjes acudieron y lo encontraron divirtiéndose con los tañidos del carillón...

Después de otras actitudes similares, al abad no le quedó más remedio que echarlo. Pero antes de que se marchara, le dio una paternal bendición, que Manuelino recibió con lágrimas, y le aconsejó:

—Hijo mío, ve a la iglesia y reza ante el Sagrado Corazón de Jesús. Estoy seguro de que Él te ayudará.

Agradecido, pero desolado, hacia allí se dirigió a fin de pedir socorro:

—¡Oh Salvador mío, mira la angustia en la que me encuentro! Soy un inútil, no sirvo para nada.

Todo lo hago mal y, por eso, todos me rechazan. No tengo casa, ni medios de sustento. ¿Me abandonarás tú también? Ten piedad de mí, Señor, pues no veo ninguna salida a mi lamentable situación.

Con las manos en el rostro, Manuelino lloraba copiosamente delante de la imagen. Al cabo de un rato, sintió que le tocaban el hombro. Se en-



«Hijo mío, no te atormentes. Todo eso te ha sucedido para que yo pudiera concederte una gracia enorme»

jugó las lágrimas y miró a la estatua: ¡estaba viva!

Rebosante de bondad, Jesús le dijo:

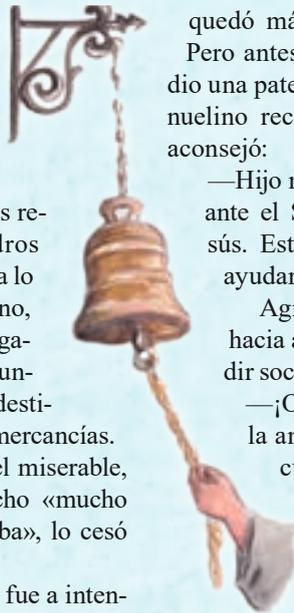
—Manuelino, hijo mío, no te atormentes. Todo eso te ha sucedido para que yo pudiera concederte una gracia enorme. ¿Ves mi mano derecha? Te está llamando. Mira ahora mi mano izquierda: te está mostrando hacia donde te invito. Los sufrimientos por los cuales has pasado y la confianza que depositaste en mí han conquistado de mi amor la entrada en este santuario divino. ¿Quieres vivir aquí para siempre?

—Sí, Señor. Esa será mi morada eternamente.

—Entonces, hijo mío, ven.

Y sujetándolo con su mano derecha el divino Salvador introdujo a Manuelino en su Sagrado Corazón.

Dios permite que pasemos por tribulaciones, pero siempre con la intención de que resulten en bienes mayores. Jamás dejemos de confiar en la bondad de Jesús. Al final recibiremos mucho más de lo que habíamos pedido. ✧



LOS SANTOS DE CADA DÍA



Francisco Lecaros

La presentación del Señor
Museo Nacional de Arte de
Cataluña, Barcelona

- 1. San Sigeberto III**, rey (†656). Hijo del rey merovingio Dagoberto I. Fundó cerca de Metz, Francia, los monasterios de Cugnón, Stavelot-Malmedy y San Martín. Murió a la edad de 26 años.
- 2. Fiesta de la Presentación del Señor.**
Santa Catalina de Ricci, virgen (†1590). Religiosa dominica. Vivió místicamente la Pasión de Cristo y recibió los estigmas. Mantuvo correspondencia con los santos Felipe Neri, Carlos Borromeo y María Magdalena de Pazzi.
- 3. San Blas**, obispo y mártir (†c. 320 Sebaste - actual Turquía).
San Óscar, obispo (†865 Bremen - Alemania).
Santa Wereburga, abadesa (†c. 700). Ingresó en el monaste-

rio de Ely, Inglaterra, del que fue superiora. Más tarde fundaría varias casas religiosas de estricta observancia.

- 4. San Nicolás Estudita**, monje (†868). Abad del monasterio de Estudion, en Constantinopla, hoy Estambul, Turquía. Fue exiliado varias veces por defender el culto a las imágenes.
- 5. Santa Águeda**, virgen y mártir (†c. 251 Catania - Italia).
San Sabas el Joven, monje (†995). Junto con su hermano San Macario difundió incansablemente la vida cenobítica en las regiones de Calabria y Lucania, Italia.

6. V Domingo del Tiempo Ordinario.

San Pablo Miki y compañeros, mártires (†1597 Nagasaki - Japón).
San Vedasto, obispo (†c. 540). Enviado por San Remigio, obispo de Reims, a Arras, Francia, catequizó al rey Clodoveo, restableció la Iglesia local y la dirigió durante cerca de cuarenta años.

- 7. Beata Rosalía Rendu**, virgen (†1856). Religiosa de la Hijas de la Caridad, que trabajó en los suburbios más pobres de París, visitando las casas de los necesitados. Incentivó a muchos jóvenes y a ricos a practicar la caridad.
- 8. San Jerónimo Emiliani**, presbítero (†1537 Somasca - Italia).
Santa Josefina Bakhita, virgen (†1947 Schio - Italia).
Santa Cointa, mártir (†249). Durante la persecución del emperador Decio, en Alejandría, Egipto, al rechazar adorar a los

ídolos, la ataron a un caballo y la arrastraron por las calles, y luego fue lapidada.

- 9. San Marón**, eremita (†c. 423). Consagró su vida a áspera penitencia e intensa piedad en un monte cercano a la actual Alepo, Siria. En torno a su sepulcro se edificó un célebre monasterio en el cual tuvo origen la comunidad cristiana denominada maronita.

- 10. Santa Escolástica**, virgen (†c. 547 Montecasino - Italia).
Beato Luis Stepinac, obispo (†1960). Encarcelado durante largo tiempo por su fidelidad a la Iglesia, murió consumido por la enfermedad y las privaciones en Krasic, Croacia.

11. Nuestra Señora de Lourdes.

Santa Soteris, virgen y mártir (†c. 304). Pariente de San Ambrosio, prefirió la fe a la nobleza familiar y a los honores humanos. No se prestó a inmolar a los ídolos, fue torturada y decapitada.

- 12. San Ludano**, peregrino (†1202). Natural de Escocia, hijo del príncipe Hildebold, se dedicó al servicio de los enfermos y construyó hospitales y orfanatos. Murió en Northeim, Alemania, mientras peregrinaba al sepulcro de los santos apóstoles.

13. VI Domingo del Tiempo Ordinario.

Beata Eustoquia Bellini, virgen (†1469). Religiosa de la Orden Benedictina en Padua, la cual con permiso divino fue atormentada por el demonio durante toda su vida.

- 14. Santos Cirilo**, monje (†869 Roma) y **Metodio**, obispo (†885 Velehrad - República Checa).

San Antonino, abad (†c. 830). Monje del monasterio benedictino de Montecasio. Cuando éste fue destruido por los lombardos se retiró a llevar una vida en soledad cerca de Sorrento.

15. Santos Faustino y Jovita, mártires (†s. inc.). Hermanos nacidos en una noble familia de Brescia, Italia. Recibieron la palma del martirio en tiempo del emperador Adriano.

16. Beata Filipa Mareri, virgen (†1236). De origen noble, abandonó las riquezas y faustos del mundo y se fue a vivir a una propiedad de su familia en Borgo San Pietro, Italia, según el modelo de vida de Santa Clara.

17. Los siete santos fundadores de la Orden de los Siervos de María (†c. 1262-1310 Monte Senario - Italia).

San Pedro Yu Chong-nyul, mártir (†1866). Padre de familia que, mientras leía el Evangelio a los fieles en la casa del catequista, fue preso y azotado hasta la muerte en Pyongyang, en la actual Corea del Norte.

18. San Teotonio, presbítero (†c. 1162). Tras dos peregrinaciones a Tierra Santa, fundó en Coímbra, Portugal, la Congregación de los Canónigos Regulares de la Santa Cruz.

19. Beato Conrado Confalonieri, laico (†1351). Noble italiano volcado en los placeres de la vida hasta que, durante una cacería, mandó prenderle fuego a un bosque, en el cual murió quemado un niño. Bastante conmovido por el hecho, se convirtió. Su esposa se hizo monja clarisa y él terciario franciscano.

20. VII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Serapión, mártir (†c. 248). Tuvo que soportar crueles suplicios y después fue precipitado desde lo alto de su propia casa, en Alejandría, Egipto.

21. San Pedro Damiani, obispo y doctor de la Iglesia (†1072 Faenza - Italia).

San Germán, abad (†c. 667). Murió asesinado por un grupo de salteadores, en el monasterio de Grandval, Suiza.

22. Fiesta de la Cátedra de San Pedro.

Santa Margarita de Cortona, penitente (†1297). Consternada por la trágica muerte del noble con quien mantenía una relación pecaminosa, se arrepintió de la vida que llevaba y, después de muchas pruebas, fue admitida en la Tercera Orden Franciscana.

23. San Policarpo, obispo y mártir (†c. 155 Esmirna - actual Turquía).

Santa Milburga, virgen (†c. 722). Hija del rey Merewald de Mercia, en la actual Inglaterra. Abandonó las riquezas mundanas, abrazó la vida religiosa y fundó el monasterio de Wenlock, del que fue abadesa.

24. Beato Marcos de Marconi, eremita (†1510). Religioso de la Orden de los Ermitaños de San Jerónimo, de Mantua, Italia, llevó vida de estudio, oración y mortificaciones.

25. Beato Sebastián Aparicio, religioso (†1600). Nacido en España, emigró a México, donde acumuló una gran fortuna. Lo abandonó todo para ingresar en la Orden



Francisco Lecaros

San Blas - Museo de la Colegiata de Santa María, Calatayud (España)

de los Frailes Menores, en la cual murió casi centenarior.

26. Santa Paula de San José de Calasanz, virgen (†1889). Fundadora del Instituto de las Hijas de María de las Escuelas Pías, en Figueras, España. Tenía por lema: piedad y letras.

27. VIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Gregorio de Narek, monje y doctor de la Iglesia (†c. 1005). Evangelizador de los armenios, ilustre por su doctrina, escritos y ciencia mística.

28. Santas Marana y Cira, vírgenes (†s. V). Vivieron en silencio en un estrecho recinto de un lugar yermo de Berea, Siria, expuestas a la intemperie, recibiendo los alimentos a través de una ventana.



Mientras el rey duerme...

La vigilancia es un rasgo característico del instinto protector y materno de las leonas, que las hace tan violentas en la defensa como en el ataque. No obstante, en todo se muestran sumisas al rey de la selva, poniendo sus capacidades al servicio de la manada.



Hna. Adriana María Sánchez García, EP

En las sabanas africanas existe un señor más poderoso que el león: el silencio. En medio de los combates por la supervivencia animal, reina no como un tirano, sino suavemente, propiciando el ambiente ideal para las más intrépidas actuaciones.

En ese escenario misterioso y arriesgado, muchos piensan erróneamente que todo el mérito de la soberanía de los leones con relación a los demás animales se debe al rey de la selva que, con su melena y compleción robusta, impone temor reverencial a todos los que se le acercan. Sin embargo, pocos valoran a una heroína discreta y silenciosa...

En efecto, las tareas más importantes de la manada recaen sobre las leonas. Son ellas las que toman la decisión de admitir a nuevos leones a su grupo, velando por la «tradicción» del linaje, evitando que se infiltren elementos indeseados. Dotadas de un fuerte instinto familiar, a ellas les compete el

cuidado de la prole, en cuyo cometido las leonas del mismo bando se apoyan mutuamente, a fin de no perder el control que ejercen. También poseen una especie de sentido de la propiedad, que las lleva a no aceptar intromisiones en su territorio.

Finalmente, a ellas les corresponde obtener el alimento diario. La vigilancia es uno de los rasgos característicos de su instinto protector y materno, que las hace tan violentas en la defensa como en el ataque.

Antes de salir de caza, dejan a sus cachorros al cuidado de las leonas más jóvenes, no aptas aún para esa ardua tarea. Mientras algunas se quedan vigilando, al acecho de cualquier peligro y listas para llevar a cabo la labor que sea necesaria, dos rodean a la presa para atacarla en el momento exacto. Todo está calculado al milímetro, con una perfección propia al instinto casi inerrante del animal, ciertamente menos dañado que el humano por los efectos del pecado original. Con segu-

ridad y precisión, se abalanzan sobre la presa y la matan, sin titubear. Una vez cumplido su objetivo, con suma eficacia y dedicación, arrastran el cadáver hasta su terreno.

En todo, no obstante, las leonas se muestran verdaderas servidoras, al poner sus capacidades al servicio del rey de la selva, sin querer arrebatarle la primacía. Se diría que, habiéndose esforzado en la cacería, poseerían todo el derecho sobre la presa, pudiendo alimentarse enseguida a voluntad. Pero las leonas no se imponen. Conscientes de su papel, cazan sin pretensiones y no comen nada de su «conquista» hasta que el león ha satisfecho su apetito y se retira.

La naturaleza, afirma San Buenaventura, es como un libro por el cual podemos llegar hasta Dios, porque habiendo sido creada por Él, necesariamente lo refleja, así como a los suyos. De este modo, podemos comparar la leona a la «mujer valerosa» (Eclo 26, 2), es decir, la dama auténtica

camente católica, tan elogiada en las Escrituras.

Nadie ignora que «por la mujer tuvo principio el pecado, y por causa de ella morimos todos» (Ecló 25, 33), cuando Eva comió del fruto prohibido en el paraíso terrenal. Sin embargo, por medio de una mujer —María Santísima— se encarnó Nuestro Señor Jesucristo para traer a los hombres la salvación. Destinada a aplastar eternamente la cabeza de la serpiente (cf. Gén 3, 15), la Virgen se convirtió en el modelo para todas aquellas que desean seguir el camino de la virtud, particularmente cuando se la invoca como *Acies Ordinata*: «terrible como un ejército formado en batalla» (cf. Cant 6, 10).

Yerra quien piensa que la lucha le compete solamente al sexo masculino, pues para vencer los obstáculos por los cuales todos pasamos en este valle de lágrimas, es indispensable que hombres y mujeres combatan juntos y con varonilidad de alma. La Historia es testigo de la heroicidad de mujeres que se levantaron contra el mal de su tiempo, ora prefigurando a la Santísima Virgen, ora imitándola. En el Antiguo Testamento, en más de una ocasión, el pueblo judío fue liberado de sus enemigos por manos de una mu-

jer, como sucedió con Judit, Débora y Jael; en épocas más recientes, encontramos numerosos ejemplos de damas verdaderamente guerreras por ser católicas y viceversa, como Santa Juana de Arco o Santa Teresa de Jesús.

Desde el principio Dios creó a la mujer para que fuera la «ayuda adecuada» (cf. Gén 2, 20) del varón. Y San Pablo reveló el altísimo significado oculto en dicha conducta: «Sed sumisos unos a otros en el temor de Cristo: las mujeres, a sus maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia; ÉL, que es el Salvador» (Ef 5, 21-23).

La mujer virtuosa, cuyo valor supera al de las perlas, no sólo «trabaja con la destreza de sus manos» (Prov 31, 13) y «abre sus manos al necesitado» (Prov 31, 20), sino que también «se ciñe la cintura con firmeza y despliega la fuerza de sus brazos» (Prov 31, 17), conforme canta el Libro de los Proverbios. Por lo tanto, a la dama católica le corresponde demostrar empuje, determinación y firmeza cuando se trata de defender los principios de la fe, a semejanza de la leona, que no vacila cuando tiene que atacar. ✧



1

Derek Keats (CC by-sa 2.0)



2

Diamond Glacier Adventures (CC by-sa 2.0)



3

Robin Alasdair Frederick Hutton (CC by-sa 2.0)



4

Bernard DUPONT (CC by-sa 2.0)

En esta página:
1. Leonas con sus cachorros, Parque Transfronterizo Kgalagadi (África);
2. Leona atacando a un búfalo africano, Parque Nacional del Serengeti, Tanzania;
3. Leonas atalayas;
4. Pareja de leones, Parque Transfronterizo Kgalagadi (África).
En la página anterior:
Leona del West Midland Safari Park, Bewdley (Inglaterra)

Nuestra Señora del Buen
Suceso - Casa San Pedro,
Mairiporã (Brasil)

*M*aría del Buen Suceso es reina en el verdadero sentido de la palabra. Tiene majestad y, al mismo tiempo, bondad. Es batalladora y triunfadora. Su semblante refleja la certeza de la victoria.

Plinio Corrêa de Oliveira